

[Regresar a ARCHIVOS MARIO ARRUBLA / COLOMBIA](#)

INTRODUCCIÓN AL CORRALITO

Mario Arrubla

INTRODUCCIÓN AL CORRALITO / Mario Arrubla
(Seudónimo: Pedro López Hilario)

Este artículo apareció en la revista Al Margen No. 3, septiembre 2002.



© 2021, I.A. Editor, USA
Diseño y edición: Inés Arrubla
Todos los derechos reservados

Introducción al corralito



Este trabajo está dividido en tres partes: en la primera –El modelo– hemos algunas consideraciones generales sobre las reformas liberalizadoras hechas en los 90 en Argentina; en la segunda –Extractos– resumimos los análisis de diversos autores sobre la crisis; y en la tercera –Argentina 2001– presentamos una cronología noticiosa del último tramo de la crisis hasta el establecimiento del *corralito* (congelación de los depósitos bancarios) y el cambio de gobierno. Para la última parte hemos consultado principalmente las siguientes publicaciones: *The Economist*, *El País* de España, *Semana* y *El Tiempo* de Colombia, *The New York Times* y *Le Monde Diplomatique*. Las publicaciones donde aparecieron los escritos resumidos en la segunda parte son citadas al final de cada extracto. Para la elaboración de la primera parte nos hemos apoyado, por supuesto, en todas las anteriores fuentes, pero también, de manera especial, en los siguientes libros: *Historia económica, política y social de la Argentina*, por Mario Rapoport; *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, por Pablo Gerchunoff y Lucas Llach; *La trama política de la apertura económica en la Argentina*, por Aníbal Viguera; y *La dictadura económica*, por Osvaldo H. Rial. Debemos nombrar también el estudio (preliminar) de Joseph E. Stiglitz “Whither reform? Towards a new agenda for Latin America”, presentado ante la Cepal, y el artículo de Manlio Hispano: “Referencias sobre el Consenso de Washington”, en *Al Margen* No. 2. Las cifras y datos porcentuales dados en la primera parte fueron

tomados principalmente de los dos primeros libros aquí mencionados, el de Rapoport y el de Gerchunof & Llach.

I. EL MODELO

La aventura de la reforma liberal en la Argentina duró diez años y terminó en el corralito. El 1o. de diciembre de 2001, con el decreto de emergencia que congeló los dineros que tenían los argentinos en los bancos, llegó el día del juicio para el Consenso de Washington, y ello no sólo en Argentina sino en todo el continente latinoamericano.

El fracaso del alumno modelo (sumado al de países menos modélicos) tenía que imponer el cuestionamiento de la enseñanza. En efecto, para las entidades financieras radicadas en Estados Unidos que desde finales de los ochenta predicaban y presionaban la aplicación de las recetas liberalizadoras —desde el Fondo Monetario Internacional (FMI) hasta el Banco Mundial, desde la Tesorería norteamericana hasta la banca privada internacional y los financistas de Wall Street— Argentina llegó a ser la nación portaestandarte de la reforma, encomiada en los informes económicos y premiada con préstamos e inversiones directas. Ese valor de ejemplo era debido a la forma radical en que Argentina llevó a cabo las reformas y a las realizaciones que exhibió muy pronto. El gobierno de Menem privatizó todo lo que podía ser privatizado, sin exceptuar los correos y el petróleo. La industria nacional perdió los apoyos hasta entonces recibidos del Estado, incluidas las preferencias para compras oficiales, y fue expuesta a la competencia internacional con el argumento de que ello la obligaría a modernizarse y superar su ineficiencia. El país fue abierto a los capitales extranjeros, que tuvieron libertad para invertir en cualquier sector (y marcharse cuando a bien lo tuvieran). Finalmente, se adoptó la Ley de Convertibilidad, que ataba la emisión monetaria a las reservas en divisas y establecía entre el peso y el dólar una relación de cambio de uno por uno. Ese régimen especial de tipo de cambio, fijo y atado por ley a la divisa norteamericana, potenciaba el efecto de la receta liberalizadora, apuntalando sus dos pilares que eran la libertad de capitales y la apertura comercial: los inversionistas extranjeros iban a poder acudir sin el temor de que una devaluación depreciara sus activos, mientras que las importaciones liberadas iban a fluir con vigor acentuado gracias al poder adquisitivo del valorizado peso. Las ganancias prometidas por los reformistas se dieron en Argentina de manera más rápida y deslumbrante que en cualquier otro país. La afluencia de capitales extranjeros y el alto valor del peso determinaron una fuerte expansión de la demanda y de la producción —ésta creció casi un 9% anual entre 1990 y 1994—. En el mismo lapso el consumo y la inversión aumentaron el 50%, más de un 10% anual. Pero esas ganancias eran el producto de una burbuja económica, de una expansión

llamada a derrumbarse con la misma instantaneidad con que se había producido, sin que en este caso pudiera alegarse —para usar el reciente aforismo del presidente de la Reserva Federal norteamericana Alan Greenspan— que una burbuja sólo puede ser reconocida como tal después de que estalla. El carácter artificial de las ganancias conseguidas por las reformas liberalizadoras se manifestó muy pronto en la Argentina, también de manera especialmente “modélica”, a través de la carga de la deuda externa, el déficit fiscal y el desempleo. El ritmo de la expansión de la demanda no pudo ser seguido por la producción doméstica que sufría los efectos devastadores de la apertura comercial con revaluación monetaria: en 1989 la industria manufacturera aportaba el 30.9% del producto bruto interno, PBI; para 1996 esa participación había caído al 17.4%. En el mismo período la participación de la producción de bienes (manufacturas, productos agrícolas y mineros, construcción) en el PBI, bajó de 51.9 a 32,1%. [PBI: flujo total de bienes y servicios producidos por una economía en determinado período, normalmente un año]. De esta manera, la demanda poderosamente expandida por la afluencia de capitales extranjeros y por la convertibilidad hubo de ser satisfecha en gran medida con importaciones, lo que tuvo como consecuencia un cambio drástico en la balanza comercial, que de un superávit de 8 mil millones antes de la reforma pasó a tener un déficit de 6 mil millones en 1994. El déficit comercial no hizo más que crecer en los noventa: en ocho años de apertura el aumento de las exportaciones fue de 115% y el de las importaciones de 320%. Cuando hacia 1995 se agotaron los más de 40 mil millones de dólares percibidos por la venta de las empresas estatales, afloró de nuevo el déficit fiscal y el Estado pasó a depender de préstamos. El déficit de la balanza comercial y el déficit fiscal determinaron el endeudamiento creciente del país (bajo Menem se multiplicó por más de dos la deuda de 45 mil millones de dólares contraída por los gobiernos militares). Después de la experiencia de la hiperinflación de 1989-90, frenada por la Ley de Convertibilidad, ni en términos legales ni políticos era posible apelar a la emisión monetaria para enjugar el déficit del Estado, por lo que no quedaba otra salida que el endeudamiento. La Argentina sustituyó el viejo recurso de la emisión monetaria por la emisión de títulos de deuda. El desempleo, por su parte, pasó de 7% en 1992 a 12.2% en 1994, y a 18.6% en 1996. (Hablamos de los años en que las reformas se mostraron exitosas. En la crisis que siguió el desempleo iba a superar el 20%). El rápido proceso de modernización impulsado por las reformas era contrario al empleo. Como dice algún autor, el argumento de la productividad, central en el Consenso Washington, se revela perverso en sociedades con problemas de desempleo y subempleo, donde casi la mitad de la población vive de actividades marginales. Todo ello podía sin embargo sostenerse mientras hubiera capitales dispuestos a financiar al país con un costo adicional calculado por el índice de riesgo. Si el llamado índice de país riesgo sobrepasaba cierto límite

cesarían los préstamos, por lo que la política económica apuntó permanentemente a ganar la confianza de los prestamistas y hacer bajar ese índice. La vitalidad (o el impulso maníaco) del programa de reforma dependió estrechamente de los flujos de capital extranjero —préstamos e inversiones directas—, de ahí que el efecto tequila (repercusión de la crisis mexicana de 1994-95) que frenó momentáneamente esos flujos produjera la recesión argentina de 1995, superada gracias a la ayuda del Fondo; y de ahí también que la crisis mundial de los mercados financieros de 1998 desatara una recesión que ya no iba a poder ser parada y que iba a conducir al fin de la convertibilidad y al default (suspensión de pagos). Cuando eso ocurrió, el sentido de las reformas liberalizadoras quedó al descubierto: los logros económicos de la primera mitad de los noventa habían sido una “exuberancia irracional”, como dice Greenspan. De acuerdo también con el aforismo citado arriba del mismo Greenspan, el pinchazo de la burbuja vino a demostrar a los ojos de todo el mundo que se había tratado de eso: de una burbuja. [No faltan, en Argentina, en Colombia, quienes se resisten a dar el brazo a torcer diciendo que el problema fue que la liberalización no se aplicó en dosis suficiente. El Fondo, más flexible, ha reconocido que se apresuró al recomendar la libertad total de capitales]. Hoy, después de que la burbuja estallara espectacularmente sobre las cabezas de los argentinos y de que éstos fueran introducidos en el corralito, la política económica sigue siendo lo que fue en el 2001 bajo Cavallo y los dos ministros de economía anteriores a él: una serie de medidas tendientes ora a enviar señales tranquilizadoras a los prestamistas, ora a reactivar la economía, inútiles por su carácter contradictorio.

Argentina estuvo presta a someterse al experimento liberalizador y convertirse en el alumno modelo del Fondo y de las multinacionales financieras con base en Washington porque, dentro del área latinoamericana, era el país que en el siglo XX había apuntado a más altos destinos, con las clases medias más cultas y creativas, pero también el país que había sufrido las mayores frustraciones y traumatismos. El poder de seducción del Consenso de Washington no radicaba sólo en los aportes de capital prometidos sino también en la situación de necesidad y los deseos de recuperación de aquellos a quienes dirigía sus promesas. Esa es la razón y la justificación histórica de los reformadores latinoamericanos. Si toda América Latina respondió a aquella seducción, si en todas partes surgieron los economistas y los políticos que abrazaron y promovieron las reformas liberalizadoras, fue porque todo el continente había buscado un desarrollo capitalista modernizador por vías que parecieron agotarse y que concluyeron en la llamada década perdida de los ochenta. En el caso de Argentina los años perdidos para el crecimiento no fueron diez sino quince, entre 1975 y 1990, período durante el cual el producto per cápita cayó un 17%, cifra sin precedentes en el continente. Desde comienzos de los setenta la crisis económica y política argen-

tina fue permanente. La inflación anual llegó al 100%, y ya no bajó de ahí. Cuando Perón regresó en 1973, el eje de su política económica fue la estabilización de precios. También la dictadura militar intentó la estabilización y fracasó. Todo lo que hizo la dictadura, aparte de infligirle al país la amputación de sus élites intelectuales, fue dejar un enorme endeudamiento externo que, multiplicado por las altísimas tasas de interés impuestas por EEUU en los ochenta, produjo la insolvencia del Estado. Reinstalada la democracia en 1983, la inflación y el endeudamiento impidieron utilizar el gasto público como medio de reactivación, por lo que el radical Alfonsín, ante la dificultad de reparar el aparato productivo, optó por consagrar las energías de su gobierno al perfeccionamiento de las instituciones republicanas, hasta que fue derribado por la economía. A comienzos del siglo XX la aspiración de Argentina era llegar a igualar a Estados Unidos en desarrollo económico: entonces el producto per cápita argentino era el 63% del norteamericano. Para fines de los ochenta esa relación había caído a 32%. En ese momento, cuando Argentina se debatía entre los horrores de la hiperinflación y el duelo por una generación sacrificada, sus dirigentes políticos abrieron los oídos a las incitaciones de Washington, para ser seguidos por las clases medias y ser confirmados después masivamente por el voto popular. Como dijo otro autor, con cruel realismo: el pueblo ama las burbujas.

El problema del Consenso de Washington no es que planteara reformas de carácter económico liberalizante, ni que sus primeros impulsores fueran entidades multinacionales que hacían de avanzada de la globalización capitalista, ni que los economistas e ideólogos que lo promovieron en EEUU y en América Latina extrajeran beneficios políticos y sociales de la alianza con los intereses económicos más poderosos. Tampoco que su impulso inicial hubiera sido la revolución conservadora de Reagan con sus ideas económicas ultraliberales, vale decir: la idea de que el desarrollo económico y el enriquecimiento de los capitalistas favorecen al conjunto de la población más que las redistribuciones hechas por el Estado, la idea de que las regulaciones ejercidas por éste obstaculizan el desarrollo y, finalmente, la idea de que los sindicatos son igualmente un estorbo. Todo lo anterior puede decirse de este programa reformista *made in Washington*, pero no es suficiente para condenarlo. El principal problema del Consenso de Washington estriba más bien en su carácter reactivo, es decir, en el hecho de que haya sido concebido como una reacción a un proceso histórico anterior. Ese carácter reactivo explica su inflexibilidad, su falta de moderación y la incapacidad de tomar en consideración las circunstancias específicas de cada país; explica asimismo sus mayores aberraciones, como la desprotección de la agricultura. Los reformadores se pusieron en la tarea de elaborar un cuadro de lo que había sido la experiencia de medio siglo de las economías llamadas en desarrollo, determinando cuáles habían sido sus

lineamientos centrales y sistematizando éstos en un modelo, modelo con respecto al cual el nuevo programa iba a la vez a sistematizarse, a la manera de un reflejo invertido. O sea que para formular el programa de reforma primero se “construyó” retrospectivamente el modelo que se trataba de sustituir. Dos ventajas o facilidades importantes tenía el programa de reforma: para imponerse no necesitaba gran vigor porque el viejo esquema de desarrollo había encallado y agotado su aliento en la crisis de la deuda de los 80; y para formularse no precisaba ni inteligencia ni creatividad porque se limitaba a decir “no” donde el esquema desechado decía “sí”. (Ese modo ideológico-reactivo de construcción determinará el fundamentalismo del Consenso y su ceguera, a menudo cruel, frente a ciertas realidades sociales). El desarrollo del capitalismo latinoamericano había revestido la forma de un proceso de industrialización hacia adentro (las industrias producían para el mercado interno), proceso llamado de sustitución de importaciones (se producía domésticamente lo que antes era importado). Pero la industrialización había sido originalmente un producto histórico espontáneo más bien que un programa concebido y sostenido por políticas económicas (como pudo llegar a ser parcialmente en años posteriores). Ante los choques internacionales que bloqueaban el intercambio tradicional de alimentos y materias primas por manufacturas extranjeras, como la Primera Guerra, la Gran Crisis de los treinta y la Segunda Guerra, surgió la necesidad (y la posibilidad) de una producción industrial doméstica que abasteciera los mercados de bienes de consumo y luego asimismo de ciertos bienes de producción. Se trataba también aquí de un proceso reactivo, si se quiere, pero de una índole esencialmente distinta: no en reacción a ningún modelo ni como rechazo a ningún acontecimiento histórico, sino como un hecho de vida, una respuesta mecánica adaptativa con funciones de supervivencia. Los reformistas de los noventa sistematizaron conceptualmente ese proceso y rechazaron todo lo que le había servido de sostén. Las manufacturas habían crecido gracias a que el flujo de importaciones había sido obstaculizado (por fuerza mayor, luego por aranceles proteccionistas); los reformistas explicaron el estancamiento de la industria por lo contrario: porque le hacía falta el aguijón de la competencia extranjera para modernizarse y aumentar la productividad. En consecuencia, el programa de reforma proclamó la necesidad de la apertura comercial, con supresión de aranceles proteccionistas. La industria, se dijo, podía ser ineficiente y mantenerse en ese estado gracias también a una política de tipos de cambio diferenciales que encarecía las importaciones competitivas y abarataba las de bienes intermedios y de capital, generalmente a costa de la agricultura de exportación. En contraposición a ello, el programa de reforma promovía una tasa de cambio única y estable, que no fuera utilizada por el Estado como instrumento de intervención en la marcha y conformación de la economía. Bajo el viejo esquema, el Estado controlaba la

tasa de interés y la entrada y salida de capitales, invertía en empresas económicas por consideraciones de interés general, favorecía a los sectores pobres con planes de seguridad social y con tarifas subsidiadas de servicios públicos. Reactivamente, los reformistas reclamaban la libertad de capitales y de tasas de interés, el recorte del gasto social y la privatización de las empresas estatales. De manera general, el viejo esquema proteccionista “cepalino” dirigido hacia adentro, cuya sistematización como modelo debe más a los economistas del Consenso de Washington que a los de la Cepal, fue contradicho punto por punto por el nuevo programa reformista, que se definió así como un programa librecambista y desregularizador, de desarrollo hacia afuera. Sólo que bajo el nuevo programa hubo menos desarrollo: el ritmo de crecimiento latinoamericano bajo el régimen anterior a la reforma (entre 1950 y 1980) fue casi dos veces mayor que bajo la reforma. Y el poco desarrollo que produjeron las reformas no fue hacia afuera, como lo ilustra el caso del país modelo: en Argentina las importaciones crecieron casi tres veces más que las exportaciones, al precio de la desaparición de las industrias domésticas. El proceso de sustitución de importaciones característico del viejo esquema fue cambiado por un proceso de restitución de importaciones (se sustituyó producción nacional por importaciones extranjeras, que afluyeron libremente como en otros tiempos), de modo que las ganancias del desarrollo hacia afuera corrieron por cuenta de los países avanzados. Se puede estar de acuerdo con los reformadores que rechazan, casi tanto como el de neoliberal, el nombre de “modelo” para las políticas aplicadas por ellos: como esas políticas se construyeron en reacción a cierto modelo, les convendría mejor el nombre de contramodelo.

II. EXTRACTOS

Los analistas que se han ocupado de la crisis argentina lo han hecho desde las posiciones más diversas. Van desde los autores que encuentran la causa de la crisis en la historia o la idiosincracia política de Argentina —un país que siempre habría vivido por encima de sus medios, endeudado, con un Estado permanentemente deficitario—, hasta aquellos que culpan al Fondo por sus políticas restrictivas del gasto; van desde los autores que explican la crisis por una tasa de cambio rígidamente fija, en su día aplaudida por el Fondo, hasta aquellos que responsabilizan el programa liberalizador realizado por Menem; van, en fin, desde los que señalan la mundialización liberal hasta los que encuentran la razón última en el alma borgiana de los argentinos. Los extractos que siguen ilustran esa diversidad de posiciones. En su elaboración nos hemos permitido muchas libertades, no sólo en redacción: de cada uno de los autores hemos seleccionado ciertos desarrollos y dejado de lado otros, por lo que estos extractos no son en justicia resúmenes de los escritos tomados como fuente.



The Economist: Cavallo ideó la convertibilidad y es comprensible que lo hayan llamado de nuevo

Durante los años noventa Argentina fue mirada como un ejemplo exitoso de mercado emergente. El éxito se debía en buena parte a la Ley de Convertibilidad, que ató el peso al dólar a una paridad de uno por uno con la promesa de cambiar la moneda nacional por moneda dura. Por esa ley el gobierno renunció a tener una política monetaria propia dado que le quedaba prohibido emitir dinero a voluntad y que la tasa de interés pasaba a depender de la fijada por la Reserva Federal norteamericana más la prima de riesgo que determinarían los mercados financieros. Con ello se ganaba un arma contra la inflación y se aseguraban tipos de interés más bajos de los que resultarían de una tasa de cambio fija sin respaldo sólido. Esa clase de atadura de la tasa de cambio está de moda entre los economistas norteamericanos, que en los últimos años se han apresurado a proponérsela a todos los países con problemas monetarios (Rusia, Indonesia, Brasil, Turquía). Según esos economistas, los mercados emergentes sólo tendrían dos opciones: o dejar flotar sus monedas de manera que los mercados decidan la tasa de cambio, o fijarlas fuertemente según el modelo del *currency board* o Caja de Conversión. Tal sistema le funcionó a Hong Kong, cuyo dólar soportó la crisis asiática de 1997–98. En Argentina la inflación fue domada gracias a la convertibilidad, pero al cabo de algunos años este sistema empezó a mostrar sus defectos. La fuerza del dólar llevó al peso argentino a alturas perjudiciales. La revaluación del peso se hizo más notoria después de que Brasil dejó flotar el real, que bajó en dos años el 40% frente al dólar. La sobrevaluación del peso argentino fue un factor recesivo importante porque encareció las exportaciones, restándoles competitividad en los mercados internacionales, y abarató las importaciones, que arrasaron con su competencia a las industrias argentinas. El mayor ritmo de crecimiento de las importaciones en comparación con las exportaciones está además en la base de la enorme deuda externa del país y de la imposibilidad de atenderla con recursos propios. Para Argentina la opción de devaluación es mucho más drástica de lo que fue para Brasil porque tanto la deuda pública como la privada están principalmente en dólares: la devaluación incrementaría esas deudas en pesos y representaría la ruina de muchos deudores. Pero sin devaluación la solvencia de Argentina es muy dudosa. El costo de los préstamos dentro y fuera del país ha subido porque los mercados financieros confían cada vez menos en Argentina y temen un default (suspensión de pagos). En la situación sin salida a que ha conducido el sistema de convertibilidad es comprensible que se haya llamado a Cavallo que fue su creador y que hace diez años fue visto como el salvador del país.

[*THE ECONOMIST*, “OVER TO YOU, CAVALLO”, 24-III-01]



Jorge Fonseca: La desindustrialización fue iniciada por la dictadura y acentuada por las reformas neoliberales

Durante la primera mitad del siglo XX Argentina igualaba a Francia y Canadá y doblaba a España en renta per cápita, contándose a este respecto entre los primeros diez países del mundo. Pero en 1998 su renta per cápita era ya sólo la mitad de la de Francia y Canadá y dos tercios de la de España. Los neoliberales culpan al Estado de ese retroceso, diciendo que el gasto público es excesivo; pero ese gasto es sólo el 13% del PIB, menos de la tercera parte que en los países industrializados. La convertibilidad fue nefasta porque subsidiaba las importaciones, pero sólo presidió la última fase de un proceso de desindustrialización iniciado antes, bajo la dictadura. La industria, aunque deformada y dependiente, creció a lo largo del siglo XX hasta llegar a representar a mediados de los setenta el 30% del producto interno bruto (PIB), generando empleo y prosperidad y creando una amplia clase media, base social del alto nivel científico-cultural de que se han enorgullecido legítimamente los argentinos (el país obtuvo tres premios Nobel). La dictadura militar establecida en 1976 hizo tabla rasa de la industria con una sobrevaluación monetaria que puso en marcha un proceso de restitución de importaciones. En ocho años de neoliberalismo y terrorismo de Estado (30.000 desaparecidos y miles de expatriados), la industria se redujo al 22% del PIB, y la renta per cápita cayó un 15%. Con la ayuda del Fondo los militares trasladaron al Estado la deuda privada, sextuplicando la pública, que llegó a 45.000 millones de dólares. La dictadura creó además un enorme déficit concediendo cuantiosos subsidios a monopolios y a capitalistas amigos. [30 años después, en EEUU, los derechistas republicanos iban a repetir la fórmula]. Desde entonces la carga de la deuda y el déficit público condicionan las finanzas del Estado, que para solventarlos debe atraer capitales con elevados intereses. Esta trampa financiera estuvo en la base del fracaso de Alfonsín. Bajo Menem, la Ley de Convertibilidad eliminó artificialmente la inflación; el equilibrio fiscal se consiguió gracias a un brutal recorte de los gastos sociales y al ingreso de más de 40.000 millones de dólares por la venta de las empresas estatales. El consumo aumentó, pero la sobrevaluación del peso determinó que las importaciones crecieran a mayor ritmo que las exportaciones, de donde surgió el déficit comercial. Déficit fiscal y déficit comercial aunados aumentaron la deuda externa en momentos en que se agotaban los ingresos por privatizaciones. Veinticinco años de desindustrialización concluyen en la actual crisis: en una década la desocupación pasó del 7% a cerca del 20%; la pobreza se quintuplicó, afectando a la mitad de la población; y el ingreso per cápita cayó al nivel de 1974, mientras la desigualdad social alcanzó valores inéditos.

[JORGE FONSECA, "ARGENTINA Y LA PIEDRA FILOSOFAL", *EL PAÍS*, 8-II-02]



Ricardo Esteves: Los argentinos han vivido por encima de sus medios a impulso del déficit público

Desde hace muchas décadas Argentina ha gastado más de lo que produce y ello gracias al déficit del Estado, asunto que la sociedad siempre ha considerado como un tema abstracto, propio apenas para economistas y financistas. Al final de la Segunda Guerra el país estaba fuertemente capitalizado después de haber abastecido de alimentos a los países combatientes, que por su parte exportaban muy poco. Cuando el Estado gastó esas reservas (y lo hizo de manera acelerada), acudió a los bancos internacionales para financiar el déficit, hasta que éstos dijeron basta. El Estado se volvió hacia el sistema financiero argentino, el más capitalizado de América Latina, y empezó a tomar créditos al 7%, empujando de otra parte la inflación a más del 20%. En pocos años se agotaron las reservas de ahorro interno. El Estado descubrió entonces el sistema de cajas de pensión, que era oficial, y en cinco años se gastó lo que los jubilados habían ahorrado en toda una vida de trabajo. A finales de los ochenta, el Estado argentino, que tampoco se había privado de las emisiones inflacionarias, encontró que la crisis latinoamericana de la deuda de alguna manera se había solucionado y que la adopción de una política de liberalización le permitiría atraer nuevamente fondos del exterior. Percatándose de que tenía un parque de compañías privatizables con las cuales hacer caja y financiar los gastos no cubiertos por los impuestos, el Estado ferió todo lo que era vendible: el gas, la electricidad, los teléfonos, los ferrocarriles, la distribución de agua, el correo, los combustibles... Esas privatizaciones a precio de liquidación le ganaron por demás la benevolencia del FMI y de Wall Street: los capitales acudieron generosamente. Cuando la crisis mexicana ahuyentó en 1995 a los inversionistas, el Fondo vino al rescate (no en vano Argentina había sido el alumno modelo). Todavía se vendieron los depósitos de gas y de petróleo a futuro y se consiguió algún crédito externo adicional, pero eso fue lo último que llegó. ¿Dónde hay más recursos?, preguntó De la Rúa. Ya no quedan más, presidente, respondieron los asesores. Ni los políticos ni los militares que durante 40 años gobernaron al país quisieron parar el déficit y el endeudamiento, nadie quería ser el malo de la película y arruinarle la fiesta de consumo y negocios a la sociedad argentina. Cuando el default y la devaluación eran inminentes, los argentinos corrieron a retirar su dinero de los bancos y ponerlo a buen recaudo, de preferencia en el extranjero. La hemorragia sólo pudo contenerse encerrando en el corralito los depósitos y ahorros de la clase media. La Argentina, que una vez se afirmó orgullosamente frente al Fondo y frente al gobierno de Estados Unidos, ahora les suplica de rodillas que se apiaden de ella.

[RICARDO ESTEVES, "UNA EXPLICACIÓN DE LA CRISIS ARGENTINA", *EL PAÍS*, 28-II-02]

Pierre Kalfon: Con una política populista, Perón
conquistó de manera perdurable el corazón
del pueblo argentino

En el siglo XIX, a punta de sable y de fusil, la pampa húmeda –la mejor– fue arrebatada por el ejército a los indios, que fueron exterminados despiadadamente. En 1879, concluido este *western*, se precipitó un aluvión de inmigrantes. No eran los blancos anglosajones con que soñaban los dirigentes e ideólogos del país sino campesinos pobres del sur de Italia, de la Galicia española, del sudoeste francés, sirio-libaneses, croatas y judíos de Rusia y de Polonia. En 1850 la población era de 800 mil, en 1914 se había decuplicado: 8 millones de habitantes. Uno de cada tres era extranjero; en Buenos Aires uno de cada dos. Esos inmigrantes de origen campesino no eran fáciles de integrar ya que las mejores tierras habían sido monopolizadas por una oligarquía de estancieros, de modo que los nuevos pobladores se vieron rechazados hacia las ciudades, el comercio, las funciones públicas, las profesiones liberales, los pequeños oficios artesanales –hacia el proletariado urbano y las diversas capas de la clase media que iban a integrar la base de la Unión Cívica Radical. En 1916, en los primeros comicios con voto secreto y obligatorio, esas capas urbanas eligieron al radical Yrigoyen. Buenos Aires se convirtió en una ciudad moderna, de estilo europeo. A su puerto, centro neurálgico de la economía, llegaban los trenes con el trigo y las carnes, las lanas y los cueros que iban a exportarse a una Europa apenas salida de la Gran Guerra. Cuando la crisis de 1929 puso fin a las compras y los créditos europeos, el radicalismo no resistió e Yrigoyen fue derrocado por una coalición de militares y políticos representantes de la vieja oligarquía estanciera. Presidida por una serie de generales nacionalistas, Argentina vivió entonces la década infame. La Segunda Guerra vino a relanzar la economía. Un oscuro coronel germanófilo, Juan D. Perón, utilizó el Ministerio de Trabajo para conquistar a las capas populares con medidas espectaculares: aumentos salariales, reducción de la jornada laboral, convenciones colectivas y otros derechos sindicales. Los generales, preocupados por la popularidad de Perón, lo destituyeron. Entonces ocurrió lo imprevisto: los pobladores suburbanos, desprovistos de camisas por el calor reinante, acudieron masivamente y se tomaron la ciudad. Fue el fantástico 17 de octubre de 1945 de los descamisados, fecha de fundación del peronismo. Perón regresó, fue elegido presidente en 1946 y, después de reformar la constitución, reelegido en 1951. Con las reservas acumuladas gracias a las exportaciones de los años de guerra puso en marcha una serie de nacionalizaciones y una política populista que le iban a ganar de manera perdurable el corazón de las masas populares y de una parte de las clases medias.



Pierre Kalfon: Las reformas menemistas profundizaron la crisis de valores de Argentina

A mediados de los cincuenta, cuando Europa, que se rehacía de las devastaciones de la guerra, redujo sus importaciones, la burguesía conservadora argentina aliada con la aristocrática Marina obligó a huir a Perón. La exclusión del peronismo le quitó piso popular a los gobiernos que siguieron, tanto militares como radicales, por lo que en 1973 el viejo líder fue autorizado a volver. Perón se hizo plebiscitar por el 62 por ciento de los sufragios, convenciendo a cada una de las vertientes del Justicialismo de que él era su líder. Pero ya en el gobierno optó por la derecha de los patronos, del ejército y del aparato sindical de la CGT contra la juventud peronista de izquierda, los Montoneros, que reclamaban un orden socialista. Después de la muerte de Perón el ejército recuperó rápidamente el mando y se puso en la tarea de liquidar de una vez por todas “el enemigo interior”. Entre 1976 y 1983 treinta mil personas desaparecieron y millares de intelectuales, científicos y miembros de las profesiones liberales debieron exiliarse. La Argentina que Raúl Alfonsín heredó después de la derrota de las Malvinas era un país traumatizado por siete años de terrorismo de Estado, que sufría además los primeros efectos del liberalismo económico. Con la convertibilidad adoptada enseguida por Menem las exportaciones se hicieron menos competitivas, además de que los productos agropecuarios chocaron con el proteccionismo de Europa y EEUU. Privatizando todo lo que medio siglo atrás Perón había nacionalizado, el peronista Menem consiguió 40 mil millones de dólares. Multiplicó además por dos la deuda externa de cerca de 50 mil millones de dólares que el régimen militar había acumulado con la venia y la asesoría del Fondo. Seduciendo a amplias capas de la población con una abundancia artificial, Menem pretendió que, bajo su liderazgo, Argentina había ingresado al Primer Mundo. Pero la realidad de los diez años de gobierno menemista es muy diferente: se produjo un fenómeno de marginalización masiva que no sólo afectó a los sectores populares sino también a esa famosa clase media que era el orgullo del país. La fractura social se ahondó: el 6.5% de los argentinos disponen actualmente de un ingreso que multiplica por treinta el del 15% de los más pobres. Los privilegiados que se beneficiaron de la convertibilidad y la apertura, en lugar de reinvertir sus beneficios en el país, los colocaron en EEUU o en paraísos fiscales. El monto de los capitales fugados es igual al de la deuda externa, precipitadora del derrumbe. Detrás de este derrumbe se transparenta una crisis de valores que se remonta lejos en la historia argentina y que la demagogia peronista no ha hecho más que exacerbar.

[PIERRE KALFON, “DIEU N’EST PLUS ARGENTIN”, *LE MONDE DIPLOMATIQUE*, II-02]

Mahon & Corrales: La deuda y la recesión acabaron con la convertibilidad

Por la Ley de Convertibilidad de 1991, que prohibía emitir dinero por encima de las reservas líquidas en divisas, la economía argentina se hizo especialmente dependiente del financiamiento externo y por tanto de la credibilidad que pudiera encontrar el gobierno en los mercados financieros internacionales. Nacido para acabar con la hiperinflación, ese sistema rígido de fijación de la tasa de cambio reflejaba una prioridad de la estabilización financiera sobre la competitividad. La atadura del peso al dólar marcó un giro hacia Estados Unidos, país al que Argentina se unía en un abrazo carnal, según la expresión del ministro de relaciones exteriores Guido de Tella. La convertibilidad impresionó favorablemente a los mercados financieros y a la Tesorería norteamericana, siendo elogiada por los banqueros de inversión y por la prensa financiera. A los argentinos también les gustaba porque implicaba un compromiso contra las devaluaciones que erosionaban los ahorros y porque impedía que los gobiernos clientelistas emitieran a discreción. Pero la convertibilidad, exitosa por un tiempo, murió a causa de la deuda y la recesión. Con ocasión del efecto tequila de 1994-95, el Fondo tuvo que organizar un multimillonario paquete de préstamos para proteger la atadura monetaria argentina. En los años de recuperación que siguieron –1996-98–, en lugar de pagar la deuda el gobierno siguió aumentándola al persistir en los hábitos clientelistas propios del peronismo. Los excesos del gasto fueron especialmente acusados en las provincias (la parte del león correspondió a la provincia de Buenos Aires, gobernada por Duhalde). Más gravosa aún fue la campaña clientelista montada por el presidente Menem entre 1997 y 1999 para propiciar acuerdos que le permitieran aspirar a un tercer período. De otra parte, la fijación repentina del tipo de cambio en 1991 no acabó de inmediato con las expectativas inflacionarias, sino que los precios siguieron subiendo por un tiempo. Esta inflación inercial hizo que el peso quedara sobrevaluado en relación con el dólar, lo que encarecía los bienes del país y abarataba las importaciones. La situación empeoró todavía más en 1996 con la apreciación del dólar frente al ecu (y después frente al euro). Con la devaluación brasilera de 1999 Argentina vio perjudicada su balanza comercial en Mercosur (la asociación comercial que la une con Brasil, Paraguay y Uruguay) y perdió atracción como lugar para producir e invertir dentro del área. Los déficits persistentes de comercio exterior fueron cubiertos con préstamos, hasta que el país perdió el crédito. Las firmas de Wall Street que ahora culpan a los políticos argentinos son las mismas que hace poco les prestaban con altísimos intereses o arreglaban la colocación de sus bonos por pingües comisiones.

[JAMES MAHOH & JAVIER CORRALES, "PEGGED FOR FAILURE?", *CURRENT HISTORY*, II-02]



Pepe Eliashev: La crisis revela el fracaso
del neoliberalismo y el vacío dejado por una
generación asesinada

El origen de la crisis actual se remonta a 1976, cuando el régimen de las fuerzas armadas inauguró un período de feroz endeudamiento externo. Después de la noche de la dictadura y la vergüenza de la derrota de las Malvinas, el radical Alfonsín llegó en 1983 a la presidencia con un demoleedor 52% de los votos, apoyado en esa clase media que ha jugado un papel decisivo en la historia argentina. Pero la estructura del Estado de bienestar había estallado a falta de dinero con qué sostenerla. Los sindicatos justicialistas le hicieron la vida imposible a Alfonsín con trece huelgas generales en menos de seis años, a lo que se sumaron dos conatos de golpe de estado —consecuencia de los juicios históricos a las juntas militares— y el demencial asalto ultraizquierdista contra un casino de oficiales de Infantería. Mientras Alfonsín se dedicaba a negociar para preservar instituciones y ritos republicanos, la economía le estalló en las manos. La inflación se desbocó y hubo motines y saqueos en Buenos Aires y en Rosario, por lo que en 1989 Alfonsín prefirió adelantar en cinco meses la entrega del poder al presidente electo, el peronista Carlos Menem. Menem entonces le propuso a los argentinos un pacto fáustico memorable. Por ese pacto, un peso argentino pasó a valer un dólar; al mismo tiempo, el mercado interno fue abierto de manera lunática a la invasión importadora, de modo que con ese peso-dólar podían comprarse en los comercios del país toda suerte de productos importados. De acuerdo con los principios liberalizadores se renunció a regular la economía, y el Estado dejó de proteger aspectos elementales del interés público. De esa manera se abrió para la burguesía cosmopolita argentina una fuente de enriquecimiento fenomenal, una gran burbuja tóxica que empezó a derrumbarse durante el segundo período de Menem. En 1999 la clase media argentina, volviendo por sus fueros éticos, rechazó a la cleptocracia peronista que había gobernado por diez años y votó por el radical De la Rúa. Pero un peso tenía que seguir valiendo un dólar y comprando en los comercios productos de todo el mundo. Cuando la burbuja acabó de desinflarse hubo poca paciencia con De la Rúa y su gobierno menesteroso. La sociedad civil ha sido en Argentina una masa alternativamente bárbara y virtuosa, dispuesta y mezquina, elevada y ruin, lúcida e intoxicada. Los jefes peronistas que combatieron a De la Rúa y orquestaron su caída respondían a la frivolidad de esas clases medias comprometidas sólo con su patrimonio. La crisis no sólo reveló la falacia del dogma neoliberal sino también las pobres convicciones cívicas de una sociedad debilitada por las matanzas físicas y culturales de la dictadura.

[PEPE ELIASHEV, “ARGENTINA: UNA RESURRECCIÓN POSIBLE”, *EL PAÍS*, 23-I-02]

Michel Husson: La globalización liberal no cumplió sus promesas en Argentina

A raíz de la crisis de la deuda desatada con la suspensión de pagos mexicana de 1982, los organismos financieros multilaterales preconizaron la devaluación en Latinoamérica a fin de abaratar y estimular las exportaciones y asegurar de ese modo el ingreso de divisas necesario para el pago de la deuda externa. Preconizaron igualmente ajustes fiscales, a fin de que los Estados no estuvieran buscando préstamos y que la deuda pública no compitiera con la deuda exterior, cuyo servicio debía tener prioridad. Esta política de devaluación competitiva tenía como contrapartida un impulso a la inflación (el encarecimiento de las importaciones empujaba al alza el conjunto de los bienes y servicios, de manera directa y a través de los costos de producción). La inflación conducía naturalmente a la elevación de las tasas de interés, lo que encarecía el servicio de la deuda pública y acentuaba la tendencia al déficit presupuestario. Los Estados se endeudaban para pagar intereses. Todo ello condujo en muchos países a un derrapaje inflacionario por el cual la moneda perdía piso y sustancia, en una espiral incontrolable. En 1989, la hiperinflación alcanzó en Argentina un máximo extravagante: cerca de 5.000%. La Ley de Convertibilidad que a comienzos de los noventa puso freno a la inflación impedía por otra parte que las exportaciones se beneficiaran del estímulo de la devaluación. En 2000, las exportaciones representaban el 9% de la producción, tasa anormalmente baja para un país con la tradición exportadora de Argentina. El déficit de cuenta corriente, que reducía la capacidad de pago y amenazaba la paridad cambiaria, acabó por crear alarma en los mercados financieros. Los inversionistas extranjeros habían sido atraídos por la seguridad de que sus activos no serían castigados por una devaluación. Para paliar la desconfianza se aumentaron las tasas de interés, como una prima por el riesgo de devaluación y de insolvencia. El alza de las tasas de interés desequilibró todavía más al fisco: entre 1996 y 2000 la factura por intereses de la deuda pública se dobló pasando de 4,60 a 9,65 mil millones de dólares. Esto se tragó todos los préstamos recibidos del Fondo. Según los globalizadores liberales, los países deben abrirse a la competencia internacional ya que ésta induce ganancias de productividad susceptibles de profundizar la inserción. Pero era evidente que esas ganancias no se estaban produciendo en Argentina y que el país se dirigía al default y la devaluación. De ahí que se fugaran del país 120 mil millones de dólares, una cifra parecida a la deuda pública. Esa cifra eran los beneficios del modelo, acaparados por una estrecha capa social.



[MICHEL HUSSON: “CETTE MORTELLE FASCINATION DU DOLLAR”,
LE MONDE DIPLOMATIQUE, II-02]



Ángel Jozami: Argentina está pagando el precio de la convertibilidad y de las liberalizaciones

Desde su independencia Argentina ha sufrido de una inestabilidad monetaria casi permanente. La estabilidad política alcanzada por el país a fines del siglo XIX permitió establecer la Caja de Conversión que puso término a varias décadas de desastres monetarios y presidió una fase de desarrollo hasta 1914. Era un mecanismo que seguía el modelo de la oficina de cambios o *currency board* establecido por Inglaterra en sus colonias, en que la libra esterlina servía de respaldo al papel moneda. Un siglo después Cavallo creyó en la repetición de la historia, decretando la convertibilidad del peso por el dólar a una paridad de uno por uno. Esa ley acabó convertida en el eje del modelo neoliberal. Aprovechando la expansión crediticia más grande de la posguerra, Argentina se benefició del flujo de capitales hacia naciones con un tipo de cambio fijo. La convertibilidad, junto con una salvaje apertura comercial y financiera y con un vertiginoso e irregular proceso de privatizaciones, configuraron el modelo económico que convirtió a Cavallo en un héroe moderno y permitió a Menem mantenerse en el poder durante diez años. El sistema funcionó hasta 1995. La seguridad de un tipo de cambio fijo y la apertura ilimitada del país atraían cada año nuevos inversionistas, y hubo superávit fiscal gracias a los ingresos por privatizaciones. El peso se mantenía sobrevaluado, sin relación con la productividad del país comparada con la norteamericana. La apertura comercial, agravada por la sobrevaluación del peso, destruía año tras año centenares de pequeñas, medianas y grandes industrias. Las compras por extranjeros de empresas locales eran noticia diaria, al igual que el endeudamiento y el paro. La deuda externa de 60.000 millones dejada en 1989 por el gobierno de Alfonsín (que en buena parte éste había heredado de la dictadura) subió a más de 100.000 millones en 1995. El desempleo subió de 5.4% a 14% en el mismo lapso. Cavallo no consideraba preocupante el déficit de cuenta corriente [cuenta casi equivalente a la balanza de comercio exterior] porque, según él, suponía un ingreso de capitales que tendría un efecto modernizador y que acabaría produciendo un aumento de las exportaciones suficiente para subsanar ese déficit. Pero la repercusión de la crisis mexicana de 1994 rompió el hechizo: los depósitos bancarios en Argentina cayeron el 18% en tres meses y el Fondo tuvo que venir al rescate. Luego las sucesivas crisis internacionales de 1997 (Asia), 1998 (Rusia) y 1999 (Brasil) evidenciaron la precariedad de un régimen que estaba basado en el endeudamiento externo. En octubre de 1998 Argentina entró en recesión. El precio del nuevo modelo económico se empezaba a pagar.

Stiglitz: La culpa es del Fondo que apoyó la convertibilidad e impuso el recorte del gasto

Todo comenzó con la hiperinflación que estalló a finales de los ochenta. El Plan de Convertibilidad, que anclaba la moneda en una especie de retorno al patrón oro, con el dólar como respaldo en lugar del metal, puso término a las expectativas inflacionarias. El Fondo Económico Internacional, que aplaudió la adopción de este sistema cambiario y lo puso de ejemplo a otros países, hoy es menos entusiasta: la paridad de uno a uno entre el peso y el dólar no promueve el desarrollo. El Fondo alabó también a Argentina por permitir que los bancos fueran en gran parte de propiedad extranjera, porque así el sistema financiero sería más sólido, pero en esas condiciones no hubo crédito para las pequeñas y medianas industrias. En general, la industria no contó con financiación adecuada, por lo que, luego de frenada la inflación, el desarrollo se detuvo. Después vino la crisis del Asia oriental que, por el mal manejo del Fondo, se volvió una crisis financiera global: los tipos de interés subieron para todos los países emergentes, entre ellos Argentina. La paridad de uno a uno se mantuvo a costa de un desempleo de dos dígitos. La deuda argentina en relación con el producto interno bruto era más baja que la de países como el Japón; pero con tipos de interés del 20%, casi la décima parte del producto se iba en atender la deuda. La crisis financiera global aumentó la cotización del dólar, al que estaba atado el peso, lo que abarataba las importaciones y encarecía las exportaciones. Los productos agropecuarios, que constituyen la ventaja comparativa de Argentina, encontraron además altas barreras en los mercados ricos. Para agravar la situación, a la crisis financiera global de 1997-98 siguió la desaceleración igualmente global de 2000-01. Fue entonces cuando el Fondo cometió su peor error: apoyó una política de reducción del gasto público. Era la misma política fiscal restrictiva adoptada en su momento por los países del Asia oriental con desastrosas consecuencias. Se suponía que la austeridad iba a aumentar la confianza hacia el país. Pero el ajuste del gasto público aumentó la recesión, y la caída de la actividad económica redujo los ingresos del Estado, que se vio impedido para cumplir sus objetivos presupuestarios. Mal podía recuperarse la confianza con una economía en recesión y con un porcentaje de desempleo de dos dígitos. Sólo un Pinochet podría suprimir las perturbaciones sociales inherentes a esas condiciones, pero Argentina es una democracia. La política económica se centró en la inflación, sin prestar atención al desarrollo industrial y al desempleo. Un gobierno que deja a grandes sectores de la población en el paro y el subempleo no está cumpliendo su función primaria.

[JOSEPH E. STIGLITZ, "LAS LECCIONES DE ARGENTINA", *El País*, 10-I-02]





Jeffrey Sachs: Los recortes del gasto público aconsejados por el Fondo agravaron la crisis

Para el Fondo Monetario Internacional la crisis argentina se debe a que el gobierno vive por encima de sus medios, gastando más de lo que recauda. A pesar de que la producción puede llegar a bajar el 15% en 2002 y de que el desempleo está disparado, el Fondo continúa exigiendo recortes del gasto público, procedimiento que fue descartado por los países desarrollados hace setenta años, durante la Gran Depresión. El Fondo ignora que el déficit fiscal fue causado por la caída continua de la economía desde 1999, y no al revés. Hasta ese año el déficit era relativamente llevadero. La recesión no fue precipitada por el gasto público sino por la fuerte devaluación brasilera que hizo perder competitividad al peso argentino y llevó naturalmente a los inversionistas a esperar una devaluación similar en Argentina. A pesar de que el gobierno anunció que mantendría el sistema de convertibilidad y la paridad de un peso igual un dólar, los inversionistas especularon con la devaluación; muchos sacaron sus capitales, los tipos de interés aumentaron y los depósitos bancarios cayeron. Todo ello agravó la recesión en 2000-01. Con la recesión bajó la recaudación de impuestos y aumentó el déficit. El gobierno, instigado por el Fondo, probó la falsa cura de la austeridad, pero los recortes del gasto no compensaron la caída de la recaudación sino que deprimieron todavía más la economía. Se produjo un descenso en espiral en que el déficit crecía a medida que la economía se derrumbaba, y el derrumbe de la economía aumentaba el déficit. El tratamiento adecuado habría sido dolarizar la economía, sustituir el peso por el dólar para acabar con los temores de una variación del tipo de cambio. En lugar de eso, el gobierno buscó frenar el cambio de pesos por dólares aplicando fuertes restricciones al sistema bancario, entre ellas la congelación de depósitos. El problema ahora es restaurar la confianza de los argentinos en los bancos y en la moneda. De nuevo, la dolarización es la respuesta. La comunidad internacional debería ofrecer préstamos de emergencia para la constitución de un fondo de seguros de depósito que haga que los argentinos vuelvan a confiar su dinero a los bancos. La comunidad financiera internacional debería conceder al país una suspensión total del pago de la deuda por un año, así como una reducción de ésta. Algunos préstamos del Fondo también ayudarían. Sólo después de eso podría exigírsele al gobierno una conducta responsable en materia de gasto, pero sin recortes excesivos. El Fondo, al centrarse en el déficit fiscal, sigue un camino falso y hace recomendaciones imposibles, como decir que el gobierno debe reducir los servicios públicos cuando los colegios y los hospitales están al borde del colapso.



Paul Krugman: La convertibilidad significa la crucifixión de Argentina en una cruz de dólares

Argentina es víctima de una ideología compartida por todos los *think tanks* [centros de investigación] de derecha que ven la estabilidad monetaria como un valor fundamental sin tener en cuenta otras consideraciones. La catástrofe que planea sobre el país se debe principalmente a la convertibilidad, una especie de atadura cambiaria parecida al patrón oro, con la divisa norteamericana jugando el papel de los lingotes. Bajo la Ley de Convertibilidad están descartadas las medidas que los gobiernos suelen adoptar para combatir la recesión, tales como bajar los tipos de interés o dejar que la moneda se devalúe, lo que no impidió que la adopción de esa ley fuera elogiada por todos los grupos y publicaciones de derecha norteamericanos y por economistas bien remunerados. Como decía el editorialista del *Wall Street Journal*: “Nada de estimular la economía con inflación, nada de mejorar la competitividad de las exportaciones con devaluación. Sólo una moneda estable que funcione”. Además de ser un dique contra la inflación, la convertibilidad buscaba crear confianza en los mercados, cosa que logró inicialmente. El dinero empezó a entrar; durante un lustro creció la economía, para el alborozo de los partidarios del dinero fuerte. Pero después el vecino Brasil devaluó mientras el euro se mantenía bajo, y los productores argentinos no pudieron competir en los mercados internacionales. Cuando la economía se puso mal, Wall Street, el Fondo, la Tesorería norteamericana, todos aquellos que habían celebrado la convertibilidad le dieron la espalda al país. Hoy los economistas bien financiados están muy ocupados reescribiendo la historia. Toca que Argentina, sin ayuda, encuentre su camino. Detrás de los problemas fiscales y de deuda pública se encuentra una economía perturbada. El país lleva cuatro años en recesión y de allí vienen los déficits presupuestarios. El recorte de gastos y el aumento de impuestos destinados a crear confianza lo único que hacen es deprimir todavía más la economía. La austeridad no va a tranquilizar a nadie cuando es claro que la economía se está contrayendo. El desempleo creciente y las perturbaciones sociales y políticas concomitantes han producido todavía más nerviosismo entre los prestamistas. Ello se traduce en tipos de interés más altos para la deuda y en un mayor endeudamiento (el Estado debe tomar nuevos préstamos para servir la deuda). La flotación de la moneda es el único recurso. Ciertamente, eso crea graves problemas dado que la mayoría de las deudas privadas son en dólares. Pero Argentina, por fidelidad a una teología monetaria desacreditada, no puede seguir sacrificando su economía en una cruz de dólares.

[PAUL KRUGMAN, “A CROSS OF DOLLARS”, *THE NEW YORK TIMES*, 7-XI-01;
Y “LLORAR CON ARGENTINA”, *EL PAÍS*, 20-I-02]



The Economist: La culpa no es del neoliberalismo
sino de la convertibilidad ideada por Cavallo

Al meter mano a los ahorros de los ciudadanos, el gobierno ha violado un contrato fundamental. La confianza entre el gobierno y los ciudadanos, base de la democracia, ha sido rota. La población dirigió su furia contra los políticos y los bancos: los primeros han sido insultados en las calles, los segundos han sido atacados. En 1913, después de haber crecido durante tres décadas a una tasa del 5%, Argentina era más rica que Francia y Alemania. Pero, después de la Primera Guerra, exportar carne y granos a Gran Bretaña dejó de ser un pasaporte a la prosperidad. Perón, entre 1946 y 1953, retrajo el país hacia el proteccionismo y financió generosos beneficios para los trabajadores a través de la emisión monetaria. Más tarde, dos brotes de hiperinflación hicieron que los ricos sacaran sus capitales y que los argentinos se apresuraran a deshacerse de los pesos cambiándolos por dólares. Menem y Cavallo resolvieron el problema de la inflación mediante la Ley de Convertibilidad, por la cual el suministro de dinero quedó restringido al nivel de las reservas de dólares. Con los riesgos de devaluación aparentemente suprimidos, los capitales fluyeron desde el exterior. Parte de esos capitales compraron empresas que habían sido propiedad del Estado, parte se invirtieron en finanzas y en comercio exterior. Pero si la convertibilidad permitió domar la inflación y atraer capitales extranjeros, también dejó al Estado sin instrumentos para responder a los acontecimientos económicos externos, que con el avance de la globalización cobraban más resonancia. La atadura del peso al dólar le impedía al gobierno hacer política económica por medio de la tasa de cambio; también le impedía incidir sobre la economía por medio del tipo de interés, ya que éste era determinado por el tipo de la Reserva Federal norteamericana más el margen de riesgo que estipularan los mercados. Detrás de la convertibilidad y las renunciaciones que implicaba, estaba la creencia en la globalización como un proceso sólido e imparale. Varios choques vinieron a frustrar esa creencia: los productos agropecuarios de exportación encontraron barreras; aumentaron los intereses para los países en desarrollo; Brasil, principal socio comercial de Argentina, devaluó, y el dólar se apreció frente a otras monedas. Estos dos últimos hechos afectaron gravemente la competitividad argentina: por más que la recesión disparó el desempleo y que el desempleo redujo los salarios, producir en el país resultaba comparativamente muy costoso. Así Argentina se hundió cada vez más en la recesión –a causa de la convertibilidad, que la privaba de instrumentos de política económica para responder a esos hechos; no a causa de las políticas neoliberales. Éstas no han creado ese caos en otras partes.

Martin Feldstein: Una mayor reducción de los salarios habría salvado a Argentina de la crisis



Hay que entender mejor las causas de la crisis argentina a fin de que no se cree un mal ambiente para las reformas promercado. Las causas directas de la crisis fueron una tasa de cambio fija y sobrevaluada y una cantidad excesiva de deuda pública. Debido a la tasa de cambio, que equiparaba un peso con un dólar, Argentina importaba mucho más de lo que exportaba. El desequilibrio de la balanza comercial resultante impedía conseguir las divisas necesarias para atender el servicio de la deuda. Así el país tenía que tomar nuevos préstamos para pagar intereses, endeudándose de manera creciente. Esas dos condiciones, tasa de cambio sobrevaluada y deuda externa excesiva, han sido la causa de todas las crisis monetarias ocurridas en el mundo en los últimos 25 años. Cuando Argentina no pudo conseguir más préstamos, la suspensión de pagos y la devaluación del peso resultaron inevitables. La esperanza de Cavallo era que las reformas liberalizadoras y el ingreso de capitales aumentarían la productividad y con ello la competitividad de la economía. En efecto, aun con un tipo de cambio fijo como el establecido por la Ley de Convertibilidad, Argentina habría podido mejorar su competitividad y conseguir más divisas a través del comercio exterior si la productividad hubiera aumentado más que los salarios, permitiendo que los precios bajaran en relación con los de afuera. Pero leyes laborales no suficientemente flexibles y fuertes presiones sindicales impidieron el retraso salarial que hubiera sido necesario para hacer competitivo al país en un mundo globalizado. El país estaba sometido a condiciones que lo debilitaban (tasa de cambio fija y una cuantiosa deuda externa), pero los salarios, ni siquiera bajo el aguijón de un desempleo del 15%, bajaron a niveles que permitieran reducir significativamente los costos de producción y mejorar la competitividad. La resistencia de los sindicatos a la baja de los salarios impidió una reducción de los costos de producción que hubiera reportado los mismos beneficios competitivos que una devaluación –sin los peligros inflacionarios de la devaluación y sin que las empresas endeudadas en dólares resultaran expuestas a la quiebra. Tres cosas se pueden afirmar con base en la experiencia argentina. Primero, una tasa de cambio fija, incluso con un respaldo en dólares como el estipulado por la Ley de Convertibilidad, es una mala cosa porque conduce a la sobrevaluación de la moneda; es preferible una tasa flotante, libremente determinada por el mercado. Segundo, un excesivo endeudamiento externo constituye una estrategia muy arriesgada. Y tercero, las reformas liberalizadoras (apertura comercial, inversión extranjera, privatizaciones) son buenas y no contribuyen a producir crisis.

[MARTIN FELDSTEIN, "ARGENTINA'S FALL", *FOREIGN AFFAIRS*, MARZO-ABRIL 2002]



Mario Vargas Llosa: El alma borgiana de los argentinos es la verdadera causa de la crisis

Argentina tiene una deuda externa de 130 mil millones de dólares, cuyos intereses consumen la tercera parte de la renta nacional. Su situación fiscal es la más pavorosa de América Latina. ¿Por qué ha llegado a esto un país que parecía destinado a competir en desarrollo y modernidad con Suiza o Suecia? Argentina figura entre los tres o cuatro países más favorecidos del mundo en cuanto a recursos naturales. Tiene de todo, desde petróleo, minerales y riquezas marítimas, hasta un suelo fértil y abundantísimo. Los análisis de la crisis por técnicos, economistas y politólogos resultan insatisfactorios. Ello porque la verdadera razón está detrás de los problemas económicos y políticos. Es una razón recóndita, difusa, que tiene más que ver con una cierta predisposición anímica y psicológica que con doctrinas económicas o luchas de poder. Para entender el galimatías argentino es preciso remitirse a la irrealidad del mundo borgiano, un mundo que sólo existe en el sueño, en la palabra, y cuya esencial irrealidad es disimulada por la perfección literaria. No es casual que Borges haya nacido y escrito en Argentina. Argentina, no sólo en la literatura sino también en su vida social, económica y política, tiene una marcada preferencia por la irrealidad y un rechazo despectivo de las sordideces y mezquindades del mundo real, de la vida posible. Esa fuga de lo concreto hacia lo onírico o lo ideal puede ser muy fecunda literariamente, pero en el terreno de lo práctico conduce a la utopía, el voluntarismo o el populismo, con las consecuencias trágicas que hoy conoce Argentina. Su clase dirigente se empeñó en vivir en la burbuja de un ensueño, y así el país se despertó un día quebrado y fundido, como lo reconoce Duhalde. Acumular una deuda de 130 mil millones, prolongar indefinidamente un enorme déficit fiscal y mantener una paridad artificial entre el dólar y el peso que sólo servía para asfixiar las exportaciones, era apostar por la ilusión y la fantasmagoría en contra del mediocre pragmatismo de los realistas. Los argentinos fueron una vez privilegiados ciudadanos de una sociedad moderna, próspera y culta, que se creían exonerados de las miserias y embrollos sudamericanos. En la Buenos Aires de los sesenta había más teatros que en París y sus librerías eran de las más codiciadas del mundo. Hoy el país se parangona en empobrecimiento, desorden e inoperancia política y económica con ciertas naciones africanas.

[En una nota en *Le Monde Diplomatique* de febrero de 2002 el periodista peruano Vladimir Caller observa que Vargas Llosa es el único analista capaz de escribir un largo texto sobre la crisis argentina sin mencionar para nada al Fondo Monetario o la banca mundial. –Agregamos nosotros: tampoco la libertad comercial y de capitales].

[MARIO VARGAS LLOSA: “¿POR QUÉ? ¿CÓMO?”, *EL PAÍS*, 7-I-02]

III. ARGENTINA 2001

ENERO

- A finales del 2000 los inversionistas sufrieron un pánico: temían que la Argentina dejara de pagar sus deudas y que la tasa de cambio colapsara. La moneda argentina está rígidamente fijada a una tasa de cambio de un peso igual un dólar, de acuerdo con el Plan de Convertibilidad ideado por Domingo Cavallo y convertido en ley hace diez años al comienzo del primer gobierno de Carlos Menem. Las alarmas se encendieron a raíz de la renuncia del vicepresidente Carlos Álvarez, del izquierdista Frente País Solidario –Frepaso–, socio menor de la coalición –la Alianza– que llevó al poder a De la Rúa, de la Unión Cívica Radical. (El vicepresidente renunció arguyendo que el gobierno no combate la corrupción). Pero el peligro de default (suspensión de pagos de la deuda) fue conjurado gracias a un importante paquete de ayuda organizado por el Fondo Monetario Internacional, FMI, y formalizado el 12 de enero, ayuda que está condicionada a que el déficit del Estado en 2001 no supere la cifra de 6.500 millones de dólares. Gracias a ese megapréstamo (13.700 millones del propio Fondo, más 26 mil millones de bancos y fondos de pensiones), los mercados financieros internacionales recuperaron parcialmente la confianza en los bonos argentinos, lo que determinó una baja de los *spreads* (márgenes adicionales de interés por concepto de riesgo que pagan los títulos de deuda por encima de los bonos de la Tesorería norteamericana). El gobierno se muestra triunfalista; su eslogan es: “Libre de riesgo. Argentina está creciendo”. La recuperación de la confianza le permitió al gobierno colocar bonos de tesorería –adquirir nuevas deudas– en el mercado local a un interés de 8.5%, casi la mitad del 16% que llegó a pagar en noviembre pasado. Ahora la esperanza es que la economía empiece a crecer de nuevo después de una recesión que dura ya dos años y medio, porque sólo una reactivación económica le permitiría al Estado aumentar los ingresos por impuestos y respetar el límite de déficit de 6.500 millones. Esa meta fiscal no es fácil de alcanzar: tan improbable como el aumento de los ingresos por impuestos es la reducción del gasto público. Los congresistas son reacios a aprobar medidas como las reformas de las leyes de jubilación y de los planes de salud, que castigarían a los sectores populares en un año de elecciones –en octubre serán elegidos los miembros del Senado y la mitad de los diputados a la Cámara–. Los argentinos están hasta la coronilla con las políticas de austeridad, que consisten principalmente en el recorte del gasto social.

MARZO

- El paquete de préstamos y garantías de crédito aprobado por el Fondo no ha detenido la caída de la economía. A despecho de su elevado monto –39.700 millones de dólares–, que le valieron el nombre de “blindaje”, ese crédito no logró tranquilizar duraderamente a los prestamistas porque los desembolsos son graduales y su condición –la meta de déficit fiscal– es improbable que se cumpla. De nuevo subió el llamado riesgo país (índice que mide el grado de desconfianza en el país por parte de los mercados financieros internacionales, de lo que dependen los *spreads* o márgenes de interés adicionales mencionados arriba). La crisis continuada determinó la salida del ministro de Economía José Luis Machinea, que fue reemplazado por Ricardo López Murphy. La bolsa de valores celebró la salida de Machinea con un aumento del 2% y la llegada de López Murphy con otro del 8%. Los inversores no querían a Machinea por no parecerles suficientemente ortodoxo, y gustan en cambio del conservador López Murphy, cuyas credenciales neoliberales son reforzadas por un Máster de la Universidad de Chicago. López Murphy tiene claros sus principios: prudencia fiscal, lo que significa fundamentalmente recortar el gasto público, como lo aconseja el Fondo. Esa es una política impopular que no cuenta con el respaldo del ala menos conservadora de la Unión Cívica Radical, partido al que pertenece López Murphy. Tampoco entusiasma a los peronistas, que gobiernan en las principales provincias y tienen mayoría en el Congreso, ni a los izquierdistas del Frepaso, socio menor de la Alianza gobernante, que rechazan el giro a la derecha de la política oficial. “La Alianza está rota”, dijo Alicia Castro, congresista de Frepaso. De la Rúa, por su parte, siente que la izquierda, que le ayudó a alcanzar la presidencia, es ahora un estorbo.
- Para alcanzar la meta de déficit fiscal de 6.500 millones fijada por el Fondo, de cuyo cumplimiento depende la entrega de las cuotas del megacrédito, sería necesario podar fuertemente el déficit. Con este objetivo, López Murphy presentó un plan de recortes del gasto público, la mitad de ellos en educación, lo que fue aplaudido por los banqueros pero provocó la renuncia de tres ministros. Ante la crisis política creada, que venía a dividir todavía más a la coalición gobernante, López Murphy renunció sin completar un mes en el cargo. De la Rúa entregó entonces la cartera de economía a Domingo Cavallo, cabeza de un pequeño partido conservador, Acción por la República, que tiene el diez por ciento de los diputados a la Cámara. La tarea de Cavallo consiste en sacar la economía de la recesión, evitar el impago de la deuda y salvar su propia criatura, el sistema de convertibilidad que hace diez años ató el peso al dólar y puso término a la hiperinflación.

De inmediato, Cavallo manifestó su voluntad de pedir plenos poderes al Congreso para establecer una “ley de competitividad” que estimule la producción manufacturera nacional con rebajas de impuestos y con mayores gravámenes a las importaciones. Anunció también una reducción del déficit presupuestario en 3.000 millones, a fin de cumplir las condiciones del Fondo. Esto se hará aumentando los ingresos estatales con un impuesto sobre las transacciones financieras, como hizo Brasil, y recortando la burocracia y otros gastos. Cavallo tiene muchos enemigos: el ala alfonsista del Partido Radical lo acusa de haber fomentado el torbellino económico que apresuró la salida del poder de Raúl Alfonsín en 1989; los izquierdistas del Frepaso tampoco lo quieren, porque lo culpan del costo social de las reformas de libre mercado aplicadas en los noventa. Y los peronistas, por su parte, están poco inclinados a hacerle favores a Cavallo ya que, si éste tiene éxito, su pequeño partido se fortalecerá para las elecciones de Congreso en octubre. Si Cavallo logra sacar al país de la crisis se convertirá además en un fuerte candidato a la presidencia en el año 2003. De momento, el pánico amenaza a los mercados financieros. Los intereses sobre los títulos de deuda han subido y por primera vez desde el efecto tequila (la repercusión de la crisis mexicana de 1995) los argentinos están corriendo a retirar su dinero de los bancos. Cavallo asegura que la paridad de uno a uno entre el peso y el dólar se mantendrá, pero esos amagos de corrida bancaria estrechan el margen de acción.

ABRIL

- En sus primeros días como ministro Cavallo no ha hecho más que hablar horrores sobre las perspectivas del país. La Cámara le otorgó poderes de emergencia para que pueda cambiar algunos impuestos, pero no para recortar empleos o bajar salarios y pensiones ni para privatizar los pocos bienes del Estado que todavía quedan. A fines de marzo la tesorería argentina logró colocar bonos de deuda con un interés del 11 por ciento, menos alto de lo temido pero no tan bajo como para tranquilizar a los mercados sobre la situación crediticia del gobierno. Cavallo dice que el gobierno no tomará prestado más dinero mientras no baje la tasa de interés.
- Ante la caída en marzo de los ingresos por impuestos a causa de la recesión económica (13% menos de recaudaciones que en marzo del año pasado), Cavallo propuso nuevos recortes del gasto público por 500 millones al año. De otra parte, criticó acerbamente al Banco Central, culpándolo de empeorar la recesión con su política monetaria excesivamente restrictiva. Esa crítica no deja de sorprender, porque el plan de convertibilidad ideado por Cavallo sigue el modelo de la Caja

de Conversión que existió en Argentina hasta la crisis mundial de 1929 (copiado del sistema colonial inglés). Por ese plan, la masa monetaria en circulación está rígidamente restringida ya que cada peso en circulación debe tener en el Banco Central una moneda fuerte –en este caso el dólar– como respaldo. Ahora Cavallo dice que el Banco Central debería ser más flexible en cuanto al monto de los fondos que los bancos comerciales están obligados a mantener en él en calidad de reserva. Concretamente, el ministro quiere que los bancos puedan disponer de más recursos para otorgar créditos y animar la actividad económica. Pero esas reservas legales son muy importantes ya que, ante una alarma, los depositantes corren a retirar el dinero de los bancos y éstos deben contar con suficientes recursos monetarios para responder. Algunos analistas dicen que la finalidad de Cavallo no es mejorar la liquidez de la economía sino facilitar que el gobierno pueda apelar a los bancos para tomar más dinero prestado.

- Cavallo tuvo que cancelar una venta de bonos de tesorería porque temía que en las presentes circunstancias los inversionistas exigieran intereses muy altos –del 20 al 25 por ciento–, lo que aumentaría los temores de insolvencia y dispararía las alarmas. La deuda pública asciende en este momento a 128.000 millones de dólares, suma que en su mayor parte debe ser refinanciada en los próximos años. Como los bonos argentinos representan la quinta parte de la deuda de los mercados emergentes, un default repercutiría en todos los países en desarrollo; la cuantía de las pérdidas sería tal que, se piensa, los mismos prestamistas tienen que preocuparse por rescatar a Argentina del borde del abismo, facilitando una refinanciación. Varios bancos extranjeros, conscientes de las dificultades del gobierno, manifestaron su disposición a cambiar los bonos a corto plazo que poseen por otros a 20 y 30 años. Según el gobierno, para las necesidades inmediatas ello sería suficiente: están los 40 mil millones que el Fondo prometió en enero, así que Argentina no necesita muchos préstamos en el presente año (siempre que se cumpla la meta fiscal de no más de 6.500 millones de déficit). Si no hay recuperación económica, la carga de la deuda puede volverse insoportable. Brasil volvió a crecer después de la devaluación de 1999, pero Argentina no puede hacer lo mismo porque su deuda pública y privada está principalmente en dólares; una devaluación aumentaría el valor en pesos de las deudas, lo que llevaría a muchos a suspender pagos, haciendo colapsar el sistema financiero. Así que la solución es el crecimiento económico por otras vías que la devaluación. Cavallo, que mató hace diez años la bestia de la hiperinflación, ahora tiene que acometer la hazaña de dar nueva vida a la economía y reiniciar el crecimiento, única manera sana de aumentar los ingresos del Estado, con-

seguir más divisas por medio del comercio y atacar el problema del desempleo.

MAYO

- Al contrario de sus predecesores en la cartera de economía, que mantuvieron una política monetaria inflexible y que en general eran muy ortodoxos, Cavallo llegó prometiendo políticas frescas para impulsar la producción y aumentar la competitividad. Tal su idea de que se les permita a los bancos utilizar los títulos de deuda del Estado como parte de sus reservas legales, lo que les permitiría disponer de más fondos para ser ofrecidos en préstamo. Un alto funcionario del JP Morgan Chase dice que esa medida, aplicada cuidadosamente, podría bajar las tasas de interés e impulsar el crecimiento, aunque algunos directivos del Banco Central dicen que debilitaría los bancos (implicando lo que todo el mundo sabe: que la posesión de títulos de deuda pública no es ninguna garantía). Otra cosa que hizo Cavallo para estimular la inversión productiva fue suprimir los aranceles (impuestos de importación) sobre bienes de capital y elevarlos para los bienes de consumo; redujo asimismo el impuesto a las ventas para bienes de capital y anunció recortes de otros impuestos para industrias intensivas en trabajo, como textiles y calzado (esto último también como respuesta al desempleo masivo). Estos intentos de Cavallo no dejan de evocar el viejo modelo condenado por los reformadores; en todo caso, ninguna de esas medidas corresponde a la ortodoxia liberal, que exige la libre competencia internacional en todo tipo de productos y prohíbe la intervención del Estado para desanimar o estimular determinados sectores.
- Un pánico en los mercados financieros obligó a Cavallo a regresar a la ortodoxia. Con el actual nivel de gasto público es claro que el país no va a cumplir la meta de déficit fijada por el Fondo, lo que pone en peligro las futuras entregas de dinero por cuenta del megapréstamo. (El déficit superó en 1.000 millones la meta programada para los tres primeros meses de 2001, y la recaudación de impuestos cayó en abril). Para aumentar los ingresos estatales Cavallo elevó el impuesto a las transacciones financieras de 0.25 a 0.40% y eliminó casi todas las exenciones al impuesto a las ventas, lo que fue considerado por los dueños de periódicos y los operadores de televisión por cable como un ataque a la libertad de expresión. También anunció recortes del gasto público por 900 mil millones, la mitad de ellos en gastos de bienestar social. Tanto los aumentos de impuestos como los paquetes de austeridad son señales tranquilizadoras dirigidas a los prestamistas, muy poco aptas, de otro lado, para estimular la actividad económica. Los tres paquetes de recortes del gasto públi-

co aplicados durante el gobierno de De la Rúa no hicieron más que ahondar la recesión, disminuir en consecuencia la recaudación de impuestos y ampliar el déficit fiscal. Crecimiento económico o apaciguamiento de los mercados financieros, tal es la disyuntiva ante la que vacila el ministro y que explica los zigzagueos de la política económica. Las medidas de austeridad buscan ganar la confianza de los prestamistas pero deprimen el crecimiento; y la falta de crecimiento acentúa a la larga el déficit, la deuda y el malestar social, todo lo cual acentúa el clima de desconfianza. Como resultado de esas alternativas no resueltas Cavallo está combinando, de manera igualmente confusa, ortodoxia fiscal e incentivos tributarios a la inversión, y también política monetaria suelta, como su plan de propiciar aumentos de liquidez permitiendo que los bancos contabilicen las deudas del gobierno como reserva (2.000 millones en bonos que el gobierno les había vendido). Esta última propuesta encontró la cerrada oposición de Pedro Pou, cabeza del presuntamente independiente Banco Central, quien dijo que una medida de esa índole aumentaría las probabilidades de que los bancos no puedan responderles a sus clientes. El choque entre Cavallo y Pou fue resuelto rápidamente: se dijo que Pou había hecho la vista gorda ante un escándalo de lavado de dólares por algunos bancos, y tuvo que renunciar; en su lugar, fue nombrado un amigo de Cavallo, Roque Macarrone. Con el entusiasmo y el ánimo positivo que lo caracterizan (“Mi madre decía que yo llegué al mundo repartiendo sonrisas”), Cavallo anunció que para fines de año la economía argentina estará creciendo a un ritmo del 5%.

- Para suavizar la carga de la deuda en los próximos años y alejar los temores de default que han elevado el riesgo país a niveles sólo superados por Ecuador y Nigeria, el gobierno anunció un cambio “voluntario” de bonos hasta por 20.000 millones de dólares. Al revés de sus predecesores en el cargo, Cavallo cuenta con un buen piso político. Según encuestas, es el político más popular del país. Su popularidad, sin embargo, es puramente personal y no recae sobre la coalición gobernante. A causa de la crisis, la Alianza de De la Rúa se encamina hacia un descalabro en las elecciones de octubre para Congreso.

JUNIO

- La escala del canje “voluntario” de deuda pública excedió todas las expectativas. Fue un cambio de títulos inédito en el mundo por su magnitud. El gobierno, que aspiraba a canjear deuda a corto plazo por un monto de 20.000 millones, tentó a los prestamistas con nuevos bonos de mayor valor e interés más alto, y acabó canjeando 30 mil millones de vieja deuda por bonos con vencimientos después de 2008.

Los acreedores que aceptaron el cambio de los bonos fueron principalmente bancos, fondos mutuos y fondos de pensión argentinos, atados al destino del país; los acreedores extranjeros sólo canjearon 8 mil millones. El desahogo en términos de vencimiento tuvo su costo: la deuda aumentó en más de 2.000 millones y la tasa de interés subió del 14 al 15%. Este megacanje sólo podrá considerarse un éxito en el caso de que la economía se recupere y pueda alcanzar la tasa de crecimiento del 5% prometida por Cavallo, lo que aportaría la base económica necesaria para servir la deuda y tranquilizar definitivamente los mercados financieros. Entretanto, crece el malestar social por la depresión económica y el nivel del desempleo, que en medio año pasó del 14.7 al 16%. San Salvador de Jujuy, capital de provincia, fue escenario de una batalla campal entre desocupados y fuerzas de policía. El 8 de junio dos de las tres centrales sindicales organizaron una huelga general en demanda de trabajo.

- El expresidente Carlos Menem, que tiene una tendencia irrefrenable a ostentar riquezas que no puede explicar, está en la primera página de todos los diarios al haber sido apresado bajo el cargo de venta ilegal de armas. Esto ha conmovido muy poco a los argentinos, cuya atención está embargada en la actividad del hombre fuerte del gobierno, el hiperkinético Cavallo. En Argentina, todo el mundo habla de Cavallo y del riesgo país. El último anuncio del superministro fue dramático: lo que el país padece, dijo, no es una recesión sino una depresión económica, categoría que los economistas sitúan en un nivel más profundo. Como la convertibilidad prohíbe devaluar (además la devaluación sería un desastre en un país fuertemente endeudado en dólares), pero de otra parte es urgente encontrar una manera de estimular la economía y aumentar la competitividad, Cavallo está aplicando una especie de devaluación sin devaluación, es decir, un paquete de medidas que subsidian las exportaciones e imponen tarifas a las importaciones. Esto choca con la ortodoxia exigida por el Fondo y por los mercados financieros, lo que puede acentuar la desconfianza y aumentar el costo de la deuda. Para *The Economist*, en un país con escasas exportaciones y grandes deudas los beneficios de una cuasidevaluación son más que compensados por los efectos del nerviosismo sobre la tasa de interés y, específicamente, sobre el índice de riesgo país. El alza de los tipos de interés producida por la desconfianza de los mercados –un efecto de alguna manera subjetivo– se convierte en un mecanismo objetivo: cuando el riesgo país sube por encima de los 900 puntos el Estado no consigue préstamos en los mercados internacionales y tiene que apelar a las fuentes de financiación local –bancos, fondos de pensiones–, que se secan, determinando la subida de los tipos.

- El presidente De la Rúa y el ministro Cavallo criticaron a los bancos por cobrar tasas de interés superiores al 20% en momentos en que existe una deflación (contracción de la demanda global y reducción del nivel general de precios). Ante la solicitud hecha por el gobierno a los banqueros de que abaraten sus créditos para ayudar a combatir la recesión, la patronal bancaria, de acuerdo en ello con el Fondo (aunque no precisamente con Keynes) respondió que la condición para reactivar la economía era la reducción del gasto público. El presidente De la Rúa, dirigiéndose a la Asociación de Bancos Argentinos, patronal de las entidades financieras, se jactó de ser el primer presidente de la historia argentina en bajar el gasto público (en 1.200 millones de pesos-dólares en el año 2000), lo que fue muy aplaudido por los banqueros. Pero en una crítica a las medidas tomadas por Cavallo para combatir el déficit, los banqueros observaron que siempre es mejor bajar el gasto que aumentar los impuestos, opinión que fue expresamente respaldada por el subdirector del Fondo, Stanley Fischer. Para satisfacer a los banqueros y al Fondo, De la Rúa prometió recortar los gastos en seguridad social y reducir los servicios médicos para los jubilados.

JULIO

- ¿Cuánto gasto se puede recortar sin despedir a todo el mundo?, preguntó De la Rúa a sus ministros. Hace algunos meses, después del blindaje del Fondo o megapréstamo, esa voluntad de austeridad habría ayudado a tranquilizar a los inversionistas, pero hoy carece de efecto. La última subasta de bonos de tesorería fue un fracaso: los inversionistas exigieron intereses del 14 por ciento sobre obligaciones a tres meses (contra el 9% el mes pasado), y no mostraron ningún apetito por papeles a largo plazo. Cavallo admitió que el país no podía pagar esos intereses sobre papeles a corto plazo porque de hacerlo la situación financiera empeoraría dramáticamente. Hace unos meses se creyó que el país había ganado un respiro con el megacanje de 40.000 millones, pero de nuevo parece probable el default, y un estremecimiento de pánico irradia desde Argentina y se propaga por todos los mercados financieros de Latinoamérica. Los inversionistas se están desprendiendo apresuradamente de acciones, bonos y monedas de economías emergentes, en una fuga hacia activos más seguros. Ante la gravedad de la situación, Cavallo manifestó a los banqueros que el país se dirigía hacia el déficit cero, aún a costa de los mayores sacrificios, y así anunció reformas (recortes) de la seguridad social y de las agencias de salud. El gobierno reducirá en 13% los salarios y pensiones en los próximos tres meses. Aunque los recortes del gasto puedan tener efectos recesivos,

ahora el superministro parece pensar que esos efectos son menos temibles que la amenaza de default, devaluación y fuga de capitales. Pero una frugalidad como la propuesta, en buena parte a costa de los sectores populares más indefensos, no va a ser fácilmente aceptada por los sindicatos, que ya anunciaron paros en protesta, y tampoco resulta atractiva para la Alianza gobernante en vista de las próximas elecciones. Alfonsín, jefe de un ala del radicalismo, pidió por el contrario un mayor gasto social.

- Las medidas tomadas por Cavallo para subsidiar a los exportadores y gravar con tarifas a los importadores, al ser consideradas por los mercados financieros como una devaluación que no osa decir su nombre, aumentaron las dudas sobre el futuro de la convertibilidad y la paridad de uno a uno entre el peso y el dólar. La clave de la crisis es la desconfianza. Se teme suspensión de pagos y devaluación del peso. Por el pánico que amenaza, la bolsa se derrumbó tres veces en una semana. El gobierno prometió nuevos recortes del gasto por cerca del 10 por ciento, pero, al no dar detalles sobre cómo iba a hacerlos, creó mayor desconfianza y nerviosismo entre los inversores. El mercado bursátil perdió el 15%, el peso se devaluó el 50% en el mercado negro y el riesgo país se disparó a más de 1.500 puntos. Ante la inminencia de una catástrofe el gobierno oficializó el anuncio del plan de déficit cero (el Estado quedaría obligado por ley a no gastar sino lo que recaude). Pero los inversionistas desconfían de la capacidad del gobierno para tomar y aplicar medidas serias dadas las divisiones en la coalición gobernante. En una subasta para renegociar letras del tesoro a tres meses el gobierno tuvo que pactar intereses del 14%, los más altos de los últimos años para obligaciones a corto plazo. Cavallo reconoció que Argentina había perdido el crédito. Se rumora inclusive su renuncia.
- Cuando a comienzos de los noventa Cavallo entraba a un restaurante era saludado, entre vivas y aplausos, como el hombre que había domado la inflación y dado nueva vida a la economía. En marzo último, cuando fue nombrado, los argentinos esperaron una nueva hazaña. Durante cuatro meses Cavallo trató de estimular el crecimiento haciendo manipulaciones con subsidios e impuestos (los primeros a las exportaciones, los segundos a las importaciones), pero ante algunos brotes de pánico entre los prestamistas optó por un plan de déficit cero con base en severos recortes del gasto. A comienzos de este mes, cuando asistió a la suntuosa boda de su hija, fue atacado con huevos por furiosos manifestantes. Y cuando reconoció que el país había perdido el crédito, el público reaccionó haciendo cola ante los bancos para exigir la devolución de sus depósitos, comprando dólares con los pesos recuperados y ocasionando la escasez de la divisa. Hubo, según

reportes de los bancos, una fuerte demanda por cajillas de seguridad: los argentinos han visto suficientes crisis para saber que los depósitos en dólares corren el riesgo de ser intervenidos por el gobierno y convertidos a la fuerza en devaluados pesos.

- Para evitar el fiasco de ofrecer y no poder vender bonos de tesorería, el gobierno pidió a los fondos de pensiones que aceptaran cambiar los títulos de próximo vencimiento por otros a más largo plazo, con una tasa de interés patriótica (menor de la que rige en el mercado para los papeles del gobierno). Ante los requerimientos de Cavallo, los bancos, fondos de pensiones y empresas privatizadas de servicios prometieron aportar mil millones como adelanto sobre impuestos. Alfonsín, que había apoyado la rebaja del 13% a salarios y pensiones, elevó su voz de protesta junto con los diputados del Frepaso cuando el ajuste se extendió a las pensiones más bajas, de apenas 200 pesos mensuales. Ante esa oposición, el gobierno acordó que sólo rebajaría los salarios y pensiones por encima de mil pesos. Todos los políticos están conformes con el plan de déficit cero, asunto sobre el cual el gobierno ha alcanzado en principio un acuerdo con las 14 provincias gobernadas por los peronistas; lo difícil es formalizar un pacto sobre la manera de lograrlo.

- Finalmente fue aprobado el plan de déficit cero. Incluye recortes de 13% para los funcionarios y pensionistas por encima de 500 pesos. (Los radicales lo votaron a regañadientes, mientras que los frepasistas lo rechazaron). El déficit cero, como en su día la convertibilidad, fue consagrado como ley en ambas Cámaras legislativas a fin de hacer más riguroso su cumplimiento. Si no hay signos de recuperación y no aumentan los ingresos fiscales, la poda de sueldos y pensiones irá hasta el 20%. El gobierno presionará por una fuerte poda burocrática en todo el país, empezando por los *ñoquis* (personas en nómina que sólo van a cobrar el sueldo). Anunció igualmente su intención de eliminar la Prima de Navidad. Según encuestas, la rebaja de remuneraciones para los empleados públicos fueron bien vistas y hasta aplaudidas por los trabajadores del sector privado, hasta hoy las principales víctimas de los recortes salariales y los despidos. Se espera que este severo plan de austeridad estimule a los organismos multilaterales para que sigan presionando su ayuda.

AGOSTO

- A pesar de la aprobación por las Cámaras del plan de déficit cero, los mercados financieros no se fían: Argentina muchas veces prometió y no cumplió. La desconfianza hizo que el riesgo país subiera a 1.700 puntos, o sea que los bonos de deuda argentinos están pagando un

interés de 17% adicional al de los bonos del Tesoro norteamericano. Aunque Argentina, gracias al blindaje de 40.000 millones de dólares aprobado en diciembre pasado por el Fondo, no requeriría nuevos préstamos para el presente año, sí necesita fortalecer sus reservas de divisas para respaldar al peso contra eventuales ataques especulativos. (Los especuladores, considerando el dólar subvaluado a la paridad de uno por uno y previendo por consiguiente la devaluación del peso, proceden a cambiar los pesos por dólares y a sacar éstos del país. Los depósitos bancarios bajaron de 88 mil millones en marzo a 75 mil millones en agosto; las reservas del Banco Central han caído parecidamente). De ahí la insistencia del gobierno ante los organismos internacionales para que aporten dinero fresco a cuenta de futuras entregas, ya que si esos organismos esperan a ver cómo se aplica el plan de déficit cero para prestar ayuda puede darse un ataque especulativo que ponga en peligro el plan fiscal y la salida de la crisis. Según algunos analistas, el déficit cero no soluciona el problema del crédito cero, que depende de la credibilidad cero del gobierno. Por otra parte, en el último mes se fugaron de los bancos locales más de 6.000 millones de dólares. Los propios inversores reconocen que una mayor reducción del gasto público puede ser socialmente intolerable. En Buenos Aires 25.000 manifestantes pidieron que el gobierno decrete la suspensión de pagos de la deuda y cancele todos los programas de recortes. Pero lo más grave es el avance del movimiento piquetero, que empezó cortando carreteras en las provincias y ahora amenaza a la propia ciudad de Buenos Aires. A principios de agosto decenas de miles de desocupados montaron piquetes en calles de 50 ciudades y crearon barricadas en 33 carreteras del país. El movimiento piquetero surgió a mediados de los noventa cuando la industria de la construcción, la textil y la del calzado, en plena parálisis, lanzaron centenares de miles de desocupados a la calle, y siguió creciendo al ritmo de la desocupación (bajo Menem ésta se multiplicó por dos, de 7 a 14%; hoy los desempleados en todo el país alcanzan el porcentaje histórico del 21.5%). La escalada piquetera avanza al ritmo de la desocupación. La gran preocupación del establecimiento político es que el movimiento piquetero llegue a desplazar a los sindicatos y a los partidos como vanguardia de la protesta social.

- Según encuestas, los argentinos quieren estas dos cosas a la vez: evitar el default y conservar intacta la convertibilidad –la paridad de un peso igual un dólar–. El Fondo Monetario Internacional prometió un préstamo de 8.000 millones que, agregados a los 14.000 que deben ser entregados este año de acuerdo con el “blindaje”, ayudarán a restablecer la confianza en la capacidad del país para servir su deuda. Pero esas entregas dependen de que el gobierno mantenga el déficit cero.

Con tal objeto, el gobierno se comprometió a combatir la evasión fiscal, que es de las más altas del continente, y también a reformar las finanzas provinciales. Esta reforma es necesaria pero muy difícil. El gobierno está obligado a entregar a las provincias una determinada suma (este año 17.000 millones, casi la tercera parte del gasto estatal), y ello aunque caigan los recaudos, razón por la cual las provincias no tienen interés en una reforma del fisco. A pesar de esos traspasos, las provincias tienen un déficit de más de 3.000 millones y han acumulado deudas por 21.000 millones de dólares. Los gobiernos provinciales funcionan como una red de seguridad social informal y defectuosa, aunque muy eficiente en términos de clientelismo político. En el noroeste, la región más pobre, hasta la cuarta parte de la población está en nómina oficial. La provincia de Buenos Aires, la más poblada del país, consume la tercera parte de los fondos provinciales; su gobernador, Carlos Ruckauf, aspira a la presidencia en 2003 y no hace nada por reducir los gastos, limitándose a esperar que las finanzas aguanten hasta esa fecha. Para cubrir los gastos del último mes, Ruckauf emitió 90 millones en bonos de pequeña denominación, llamados Patacones, que empezaron a formar parte del sueldo de los empleados (lo que exceda de 700 pesos). Los Patacones son recibidos como pago en empresas de servicios y en algunos supermercados. Por un bono de 5, los MacDonalds ofrecen un menú especial, el Patacombo. Bonos del estilo de los patacones fueron emitidos en pequeñas provincias del noroeste, que culpan al gobierno central de la bancarrota.

- Ante la inminencia de un pánico financiero, el gobierno argentino demandó urgentemente del Fondo la entrega de 8.000 millones de dólares prometidos previamente. Paul O'Neill, tesorero de la administración Bush, dijo que para reanudar los desembolsos era necesario crear primero un país "sostenible", que no malgaste los impuestos pagados por plomeros y carpinteros norteamericanos con salarios de 50 mil dólares al año. (Estados Unidos es con mucho el mayor accionista del Fondo). Analistas defensores de Argentina observaron que una crisis como la anunciada por la reciente corrida bancaria [demanda masiva de devolución de depósitos] y por la caída de las reservas representaría un grave daño para la causa de la reforma liberal en Latinoamérica por producirse en el país que realizó la reforma con mayor aplicación y ortodoxia. El Fondo cedió finalmente, aprobando el prometido desembolso de 8.000 millones. Bush, que dudó mucho antes de darle el visto bueno al préstamo, llamó a De la Rúa para comunicárselo. O'Neill observó, por su parte, que Argentina debe asegurar un crecimiento sostenible, a fin de que no vuelva a pedir dinero dentro de dos meses. La administración republicana es contraria a los paquetes de salva-

mento, como el acordado por Clinton a México en 1995, por considerar que crean “riesgo moral”, es decir, propician que los inversores presten dinero a un país en dificultades con el cálculo de que, en el peor de los casos, el Fondo vendrá al rescate y ellos de todas maneras recuperarán su dinero —a costa de los plomeros y carpinteros norteamericanos. [Una excepción al principio del riesgo moral fue hecha recientemente con Turquía, importante en los planes de guerra de la administración republicana. En la época de la guerra fría ese principio tampoco se aplicaba: un país al que se dejara hundir podía ser ganado por el campo rival]. El crédito otorgado, según analistas, es un goteo provisional e insuficiente que nada hace por crear una Argentina “sostenible” y sólo prolonga su agonía. A cambio de esa limitada ayuda, el gobierno argentino se comprometió a elaborar una ley que haga depender de los recaudos las transferencias hechas a las provincias, de manera que éstas se vean obligadas a hacer ajustes. También se comprometió a liberalizar la salud y la seguridad social, suprimiendo los controles estatales sobre estas áreas.

- Ante la encrucijada de la crisis y las confusas opciones que se plantean, la Unión Industrial Argentina (UIA) vacila ante opuestas consideraciones: el equilibrio fiscal parece necesario para recuperar la confianza y abaratar el crédito, pero la reducción del gasto público puede tener un efecto recesivo.

SEPTIEMBRE

- Cavallo culpa a las devaluaciones brasileras de la crisis en que se encuentra Mercosur, el tratado comercial que vincula a Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Desde Brasil responden que Cavallo violó la unión aduanera al reducir unilateralmente los aranceles sobre bienes de capital con el fin de estimular la industria. De hecho, continúa el éxodo de fábricas hacia Brasil, país que ofrece costos de producción más bajos. A causa de la sobrevaloración de su moneda, Argentina es el país más caro de Latinoamérica para hacer negocios o invertir. Su nivel de costos multiplica por dos el de Brasil y México.
- En entrevista concedida a *El País* de España, el líder radical Alfonsín afirma que Argentina no fue capaz de contrarrestar los efectos negativos de la globalización. Hasta el peronismo, para él la agrupación populista más lúcida de Latinoamérica, se dejó ganar por las ideas neoliberales. Los neoliberales globalizadores están ganando la batalla porque, gracias al respaldo de los grandes poderes económicos internacionales, cuentan en sus filas con los mejores especialistas de todas las escuelas, desde la austríaca hasta la de Chicago, desde la sociología hasta la filosofía. El neoliberalismo ha producido los más monstruosos

desequilibrios y la peor de las humillaciones sociales, que es el desempleo masivo. Dice finalmente Alfonsín que la hegemonía total de Estados Unidos sería espantosa y que el desdén con que el secretario del Tesoro norteamericano se refiere a Argentina es como para añorar la guerra fría.

OCTUBRE

- Las elecciones para Cámaras del 14 de octubre representaron un duro revés para el gobierno. Se eligió la totalidad del Senado, la mitad de la Cámara de diputados y algunos parlamentos provinciales. La izquierda registró avances que no se reflejaron en escaños: sus candidatos estaban de acuerdo en atacar al neoliberalismo y exigir el no pago de la deuda pero fueron incapaces de presentar un frente único —hubo seis listas de izquierda en la sola ciudad de Buenos Aires. El peronismo, aunque redujo su votación, consolidó su poder en la mayoría de las provincias. El voto en blanco, llamado voto bronca, expresión del descontento con la situación del país y del rechazo a los políticos, fue el verdadero triunfador en las urnas. Clemente, un popular personaje de tiras cómicas, fue, según encuestas, de los más votados “porque no tiene brazos y no puede robar”.
- Desde Perón, los argentinos siempre habían pensado que vivían mejor que sus padres, y que sus hijos vivirían mejor que ellos. En la primera mitad de los noventa, cuando Menem y Cavallo aplicaron las recetas del Consenso de Washington, la desigualdad creció castigando fuertemente a los sectores más pobres, pero también se registró un incremento del consumo de las clases medias, las que incluso recuperaron el crédito. Esas clases compraban entonces marcas líderes e imitaban en todo a los nuevos ricos. Pero la depresión iniciada en 1998 puso término al consumismo y a la ilusión de movilidad social ascendente. Hoy las clases medias acuden de preferencia a las tiendas de descuento, donde hacen sus compras las capas pobres de la población. El 70% de los argentinos sufren directamente la crisis y se ven forzados a recortar gastos. El 30% restante pueden consumir pero se abstienen de hacerlo en vista de la incertidumbre económica y política. De los diez millones de familias la mitad tienen un desocupado en su núcleo próximo. Sólo una de cada tres personas en condiciones de trabajar tiene empleo; las otras dos están subempleadas o en paro. Argentina ha adquirido las peores características tercermundistas pocos años después de que Menem anunciara que había ingresado en el Primer Mundo.
- El marco político ha cambiado después de la derrota del gobierno y el fortalecimiento provincial del peronismo en las elecciones del 14 de octubre. El esperado acuerdo entre el gobierno y los gobernadores

sobre el déficit cero, condición del Fondo para entregar las cuotas del megacrédito, parece ahora más lejano. Las negociaciones se rompieron abruptamente después de que una reunión entre el ministro Cavallo y los gobernadores peronistas terminara a los portazos, con insultos incluidos. Las provincias deben 21 mil millones de dólares, 8 de ellos a los bancos locales, y registran déficits permanentes a pesar de los 1.364 millones de dólares que les transfiere mensualmente el gobierno central. Lejos de comprometerse a recortar gastos, los peronistas, que alcanzaron el poder en 14 de las 23 provincias, no sólo rechazan cualquier reducción de las cuotas provinciales en los ingresos públicos sino que reclaman el pago de 500 millones por participación en las recaudaciones de los últimos tres meses y la entrega de una partida pendiente de 1.364 millones. Sin un acuerdo fiscal entre el gobierno central y las provincias no habrá nuevas ayudas ni refinanciaciones por parte de los organismos multilaterales de crédito, y la suspensión de pagos será inevitable: los solos intereses de la deuda en los próximos tres años se elevan a más de 40.000 millones de dólares. Como los mercados ven cada vez más cercano el default, los bonos y otros pasivos argentinos se cotizan a la mitad de su precio nominal. Después de que el gobierno norteamericano puntualizó que no iba a patrocinar el salvamento de economías emergentes con el dinero de los contribuyentes, los argentinos, según encuestas, prefieren que el país se sincere de una vez y deshonre la deuda pública.

NOVIEMBRE

- El gobierno presentó un plan económico y social que contempla la reestructuración (léase rebaja de intereses y aumento de plazos) de la deuda pública de 132.000 millones de dólares. El ahorro de 4.000 millones que el gobierno espera hacer por ese medio permitiría cerrar sin déficit las cuentas públicas en 2002. Los mercados financieros reaccionaron con nerviosismo ante el anuncio de este canje “voluntario”, pues temen que termine siendo forzoso, como se deduce de las declaraciones de Cavallo en el sentido de que la reestructuración abarcará la totalidad del pasivo. Los precios de los bonos en circulación volvieron a bajar y el riesgo país subió a 2.486 puntos, cifra sólo parangonada en el mundo por Nigeria. Cavallo desea, sin embargo, emprender de inmediato la reestructuración de la deuda con los inversionistas locales –bancos y fondos de pensiones–. Les ofrecerá títulos con un interés del 7% en lugar del 11% que rige actualmente. Los nuevos bonos tendrían mejores garantías, como el impuesto a las transacciones financieras de recaudación diaria, y un plazo de gracia de tres años para que se empiece a pagar el capital.

- El plan de canje de bonos fue aceptado por los banqueros y los gestores de fondos de pensiones locales, que poseen el 40% de la deuda pública. Era eso o nada, declaró un banquero; una oferta imposible de rechazar. A los acreedores extranjeros se les ofrecerá la misma tasa del 7%, buscando para el caso el respaldo del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y la Unión Europea. Si bien las deudas del Estado argentino representan un razonable 47% del PIB, la recesión que dura ya 40 meses sigue hundiendo los recaudos y el gobierno todavía no logra un acuerdo con las provincias para reducir los traslados que debe hacerles mensualmente. El empresariado está furioso con las provincias que se resisten al acuerdo. En las palabras de un comentarista, los gobernadores peronistas bailan en el Titanic.
- Se están perdiendo 3.000 empleos por día. De 37 millones de habitantes 14 son pobres, y otros 2 millones, con ingresos de menos de 50 dólares al mes, son considerados indigentes. De los que se marchan del país y consiguen trabajo en otra parte se dice que “zafaron” o se “salvaron”.
- El canje “voluntario” de la deuda para inversores institucionales locales –bancos y fondos de pensión– superó todas las expectativas al recibirse ofertas por 42.000 millones. Los inversores particulares y los tenedores de bonos provinciales podrán sumarse también a la operación, y más adelante se concretará el canje con los inversores extranjeros. Pero el proceso se realiza en un clima de grave tensión política y de descontrol completo de los mercados. Los peronistas impusieron como presidente del Senado y número uno en la sucesión presidencial a Ramón Puerta, hecho considerado por los radicales como un golpe institucional (la tradición quiere que el titular de la Cámara alta sea del mismo partido del presidente). Una delegación del Fondo visitó el país y concluyó que la meta de déficit fiscal no se está cumpliendo, por lo que se cree que 1.260 millones que habían sido prometidos para diciembre no serán entregados. En reunión con empresarios y sindicalistas Cavallo manifestó que el Fondo quería imponer la devaluación del peso. Esa declaración desató el pánico, sin que valieran los desmentidos del propio Cavallo y del Fondo, este último en comunicado oficial. Se precipitó una corrida bancaria –retiro masivo de depósitos–, la cotización de los bonos de deuda pública cayó a menos del 40% de su valor, las acciones líderes perdieron el 15% en tres días y el índice de riesgo país superó los 3.400 puntos. El solo viernes 30 de noviembre los argentinos retiraron de sus cuentas más de 1.400 millones de dólares o pesos que, como dijo un alto funcionario de Hacienda, fueron a parar a Uruguay, o a cajillas de seguridad, o a las casas; a cualquier parte, menos a un banco argentino.

DICIEMBRE

- Por decreto de urgencia firmado en la noche del sábado 1o. de diciembre el gobierno ordenó la inmovilización de los dineros que los argentinos tienen en los bancos, tanto en cuentas corrientes y de ahorros como en cuentas a plazos. Hace apenas dos meses el Congreso aprobó una ley que consagró la intangibilidad de los depósitos captados por las entidades financieras. Por el nuevo decreto esos depósitos son intocables, pero para los depositantes. Cavallo dice que comienza un nuevo período que durará 90 días durante los cuales los ciudadanos verán limitado el uso de sus recursos monetarios. Ningún argentino podrá extraer más de 250 dólares o pesos por semana. Los viajeros al exterior sólo podrán llevar mil pesos o dólares en billetes, y en el extranjero sólo podrán sacar de los cajeros 250 por semana. Se prohibieron igualmente las transferencias internacionales, salvo pagos comerciales y financieros que sean autorizados por el Banco Central. El gobernador de Sanfa Fe, Carlos Reutemann, dice que los banqueros describieron una situación desesperada, con quiebra inminente del sistema financiero si el gobierno no tomaba medidas. Ahora la mayoría de las operaciones comerciales y financieras tendrán que hacerse con cheques bancarios o tarjetas de crédito o débito, lo que determinará la paralización del comercio en un país donde los que tienen cuentas bancarias son una minoría y donde apenas el uno por ciento de las operaciones electrónicas son compras. Cavallo dice que la solución para todos los trabajadores de servicios y pequeños comerciantes es que abran cuentas bancarias que les permitan recibir pagos en cheques o transferencias bancarias. Todas las transferencias entre clientes y entidades están permitidas siempre que se efectúen en el interior del sistema, sin que salga un solo peso. El ministro pidió a los bancos que amplíen la jornada laboral para abrir nuevas cuentas corrientes y de ahorros; dijo asimismo que habrá una amnistía fiscal para regularizar el dinero negro, de manera que todos los argentinos puedan abrir cuentas. La bancarización de los pagos afectará duramente a los que viven de la economía sumergida —el 47% de la población— ya que es imposible blanquear de un plumazo las actividades en negro. Algunos analistas observan que la bancarización tiene aspectos positivos: obliga a todos los argentinos a usar cheques o tarjetas para pagos, lo que dificultará el fraude fiscal; desalienta los robos, puesto que la gente llevará menos efectivo consigo, y reduce la prostitución. Otros dicen que las cortapisas al uso del efectivo incentivarán la emisión por las provincias de bonos de deuda con funciones de moneda y causarán grave daño al pequeño comercio así como a la economía sumergida; desaparecerán así numerosas actividades que dejan pocas ganancias pero que permi-

ten sobrevivir a mucha gente. A fin de hacer claridad a los argentinos sobre el sentido más general del decreto de congelación, un economista asesor del ministro Cavallo precisó: la congelación supone una restricción al modo de uso del dinero, no a la propiedad del mismo.

- El decreto de congelación fue aplaudido por el subsecretario del Tesoro norteamericano, John Taylor, así como por instituciones financieras internacionales y locales, especialmente los bancos españoles, con fuerte presencia en el país. Se subraya su objetivo, que es evitar la quiebra de los bancos, imposibilitados para resistir un reclamo masivo de depósitos ya que los dineros se encuentran prestados y no precisamente a clientes solventes: el Estado central y las provincias son los principales deudores del sistema. Se impide también con ese decreto que los depósitos retirados sean convertidos en dólares y que los dólares se fuguen, lo que agravaría el problema de la deuda externa y dispararía la cotización de la divisa.

- Como el decreto de congelación de depósitos permite que las cuentas en pesos sean pasadas a dólares si los titulares lo solicitan, algunos creen que el gobierno se encamina hacia la adopción del dólar como moneda del país. La dolarización, de instaurarse, implicaría una deflación, o sea una reducción del nivel general de precios y salarios que compense la pérdida de competitividad del país. Ello agudizaría por un tiempo la depresión y el desempleo, con el peligro de un grave estallido social. De ahí que muchos analistas prefieran la devaluación, para ellos la única manera de superar la recesión. De momento, los dólares han desaparecido de calles, bancos y cajas de cambios. Los pocos que circulan se venden hasta a 1.50, signo de que los mercados consideran insostenible la convertibilidad a razón de un peso por dólar.

- Cavallo demandó desesperadamente la ayuda del Fondo para poder pagar un tramo de la deuda que vence el 14 de diciembre, evitando el default y el fin de la convertibilidad, que es su creación y el objeto de sus mayores cuidados. Pero el Fondo se negó a entregar los 1.300 millones de dólares previstos para diciembre y exigió nuevos recortes del gasto público. El gobierno está de acuerdo con esto último. Según Cavallo, la crisis del país se debe a la falta de austeridad y el endeudamiento del sector público. Pero el gobierno no puede garantizar de manera inmediata nuevos recortes ya que ello tendría que ser negociado con la oposición. Otros préstamos que se esperaban del Banco Mundial y del BID han sido congelados hasta que el Fondo dé su aprobación. Cavallo se reunió por ocho horas con los directivos del Fondo, sin lograr nada. Se dice que la subdirectora, Anne Krueger, le planteó claramente la necesidad de una devaluación. Cavallo replicó que nunca devaluará y que antes prefiere la dolarización. Para salvar el escollo de

los pagos del 14 de diciembre, el gobierno recurrió a los fondos de pensiones, ordenándoles comprar títulos del Tesoro argentino. Argentina pagará con lo que tiene, dijo Cavallo; estamos negociando en el marco de una virtual convocatoria de acreedores, agregó. Forzados a convertir las reservas de jubilación de los trabajadores en bonos de deuda de un Estado en quiebra, los gestores de los fondos anunciaron su propósito de apelar la orden ante los tribunales, pero de momento deben darle cumplimiento.

- Nadie en Argentina se atreve a gastar el efectivo y todos tratan de convertir los pesos en dólares ante las expectativas de devaluación. Los ciudadanos se agolpan ante las puertas de los bancos que atienden consultas y abren cuentas corrientes pero no entregan más dinero del permitido. Ante las protestas por el tope de mil dólares para viajes al exterior, que era como darles a los argentinos el país por cárcel, el gobierno elevó a diez mil dólares ese tope. Los mil pesos que los cuentahabientes pueden retirar por mes son utilizados en transporte, consumo en cafeterías y otros gastos menores que no pueden ser hechos con tarjetas de crédito o débito (escasas, por lo demás: sólo el uno por ciento de las compras se venían haciendo con tarjetas). Aunque en los tres días siguientes a la congelación se abrieron cien mil cuentas corrientes (hasta las empleadas del servicio doméstico son pagadas ahora con cheques y deben tener una cuenta donde consignar) y aunque el uso de tarjetas se ha disparado, la venta de los comercios se hundió desde que se produjo la congelación de depósitos. Las tiendas del centro de Buenos Aires hacen descuentos de hasta el 50% por pagos en efectivo. En amplias regiones del país se están utilizando como medio de pago los bonos de deuda provinciales, como el Patacón bonaerense, el Quebracho de la provincia de Chaco o el Secacor de Corrientes. Los supermercados reciben a disgusto esos “papeles pintados”, como se les llama, pero es eso o no venden. Los que más sufren los efectos de la congelación de depósitos son los pequeños comerciantes, los vendedores de periódicos, los lustrabotas, los quiosqueros, los *buscas* que ofrecen toda suerte de mercaderías en calles y bares, los cartoneros que recogen cartones y los *cirujas* que seleccionan objetos en las basuras para revenderlos, en fin, los taxistas y las prostitutas. Con un 18% de parados, más los subocupados por una economía sumergida que supera el 45% del producto nacional y que está amenazada de parálisis por falta de efectivo, la criminalidad se ha disparado, contra los pronósticos de algunos analistas: abundan los robos y asesinatos, hay asaltos express contra sucursales bancarias —llegan en moto y en un minuto se llevan lo que pueden— y también secuestros express—retenciones por corto tiempo con demanda de un rescate que las familias puedan reunir rápidamente.

- Ocho días después de las medidas de emergencia la bolsa de valores subió 20% y mantiene la tendencia alcista, como si aplaudiera el establecimiento del corralito. La razón de ello es que, ante la devaluación inminente, los inversores se apresuran a librarse de los pesos que no han logrado cambiar por dólares (agotados en la plaza), así que compran acciones que coticen en la bolsa de Nueva York, donde las venden, y dejan el dinero afuera. Es la mejor manera de librarse de los pesos y hacerse a un activo de cierto valor. Por esa vía los inversionistas nacionales y extranjeros sacan sus capitales del país, a la vez que se acentúa la extranjerización de las empresas. La rápida subida de la bolsa obedece a la prisa con que están actuando los inversores en su fuga del peso y del país, en significativo contraste con los depositantes atrapados. Entretanto, el riesgo país batió una nueva marca: llegó a los 4.000 puntos, lo que significa que la deuda argentina se cotiza calculando un interés de 40% adicional al que pagan los bonos norteamericanos.
- Para que el Fondo aceptara reanudar negociaciones, el presidente De la Rúa tuvo que reconocer que el país había incumplido la meta fiscal que era la condición para la entrega de las partidas del megapréstamo o crédito de blindaje. Ahora el Fondo exige un recorte de 4.000 millones de dólares en 2002 y una nueva ley de coparticipación de impuestos entre el gobierno y las provincias. El presidente sufre una presión abrumadora, cogido como está entre las exigencias del Fondo y la oposición de los peronistas y de un ala de su propio partido. El Justicialismo, aunque dividido entre la conducción formal de Menem y el control partidario del Congreso por el exgobernador Eduardo Duhalde, se ha reagrupado bajo la consigna de resistir lo que considera un nuevo y brutal ajuste (rebajas de salarios, despidos de empleados públicos, eliminación de subsidios para las regiones). Si van a tener que respaldar medidas tan impopulares, los peronistas exigen que por lo menos se les entregue la cabeza de Cavallo. También en la Alianza que llevó a De la Rúa al poder existe fuerte oposición al ministro.
- Uno de los requisitos del Fondo es el déficit cero, o sea que el Estado no gaste más de lo que recaude, pero a ello se opone la situación del fisco, cuyos ingresos están cayendo a un ritmo de 300 millones al mes. A la crisis económica se suman las fallas propias del sistema fiscal. La ley penal tributaria de 1990 fue modificada (liberalizada) en 1997 y desde entonces nadie ha sido encontrado culpable de evasión. Como dice un alto funcionario de la Administración Federal de Ingresos Públicos, todas las grandes empresas y fundaciones encuentran la manera de no pagar impuestos. A eso se añade la corrupción interna y la pérdida de funcionarios experimentados por retiros voluntarios -2.500 el pasado año-, más el caos normativo (se dicta por día

una resolución que cambia las normas). Pero hay algo más que decir a este propósito, y es que muchas empresas sobreviven porque sus beneficios provienen de no pagar impuestos.

- Los *arbolitos*, que llevaban diez años secos, están de nuevo reverdeciendo. Son los vendedores callejeros de dólares, plantados en las aceras esperando la llegada de los clientes. En el pasado, siempre que un ministro de economía aparecía en radio y TV pidiendo “calma, tranquilidad y confianza”, los más avisados salían el día siguiente a comprar dólares. Ante el regreso de los *arbolitos* Cavallo declaró que los argentinos pueden dolarizarse cuanto quieran porque va a haber divisa norteamericana hasta en los cajeros automáticos. Esa declaración tuvo su efecto: al otro día bajó la divisa. Pero Cavallo, que hace unos meses era saludado como el salvador de la patria y que, de haber sacado al país de la crisis, habría sido el más serio aspirante a la presidencia en 2003, es ahora atacado desde todos lados. Los empresarios están enfrentados con él desde que propuso reducir a la mitad las rebajas fiscales prometidas hace cuatro meses en los marcos del plan de competitividad, al que habían adherido 30.000 empresas. De otro lado, los peronistas, que son mayoría en ambas Cámaras, consideran a Cavallo un obstáculo para la discusión de un presupuesto ajustado para el próximo año, como lo exige el Fondo. La dividida cúpula del peronismo coincide en este momento en una cosa: todo se puede hablar, pero no con Cavallo. También la central sindical CGT, que en unión de otras dos centrales prepara una huelga general, pidió la renuncia del ministro; los sindicatos no están dispuestos a discutir nada mientras no se cambie al ministro. Todo lo que Cavallo toca lo destruye, dijo el secretario general de la CGT, para quien Cavallo es la persona más odiada del país. Menem lo dijo y lo repetirá personalmente al Presidente: si el obstáculo es Cavallo, habrá que removerlo. Una carta le queda por jugar a Cavallo: el canje del tramo internacional de la deuda.

- Por falta de recursos fueron suspendidos los pagos para millón y medio de jubilados, que ya habían sufrido un recorte del 13% en sus pensiones. La Secretaría de Hacienda comunicó a la Seguridad Social que no podía garantizar la fecha para futuros giros. Los actos de protesta popular tienen por blanco al ministro Cavallo. Hubo manifestaciones de la CGT disidente presidida por el líder de los camioneros Hugo Moyano y huelgas generales decretadas por la CGT oficial, con cierre de calles por piquetes de desocupados. En Rosario y Mendoza los manifestantes asaltaron los supermercados. Para bajar la tensión, Cavallo anunció que algunos jubilados podrán empezar a cobrar.

- Los motines, que comenzaron el 13 de diciembre, para el 19 se convirtieron en un vasto estallido social. La congelación de los depósitos

colmó la paciencia de las clases medias y las llevó a participar en las revueltas al lado de obreros y desocupados, todos clamando a una contra De la Rúa y Cavallo. Después de desbordar el cinturón de miseria que rodea la ciudad, los saqueos a tiendas y comercios llegaron a Buenos Aires. Algunos supermercados repartieron camiones cargados de alimentos para evitar el saqueo. Hubo batallas campales en Córdoba y otras ciudades, con saldo de 16 muertos y más de mil heridos y detenidos. El gobierno, sin ningún control sobre la situación, decretó el estado de sitio y anunció que repartiría 1.100 millones en alimentos, pues hay hambre. Ante el estallido social, el gobierno norteamericano se limitó a declarar que seguía muy de cerca la situación y que consideraba a Argentina un país amigo. El secretario del Tesoro O'Neil reiteró que Argentina sólo obtendrá ayuda cuando tenga un plan aprobado por el Fondo.

- Finalmente, el héroe que mató la bestia de la hiperinflación fue repudiado y despedido con un *escrache*: millares de argentinos se reunieron frente a la puerta de su casa para recusarlo y agraviarlo. Al día siguiente, Cavallo renunció por dignidad. Sobre el ministro se había cerrado una pinza inédita: el rechazo del pueblo argentino y el del gobierno norteamericano. Hasta ahora los altos funcionarios económicos se iban o vapuleados por la gente común o desestabilizados por Washington, nunca por esos dos motivos a la vez. De la Rúa, que había permanecido inmutable ante el sacrificio de los ministros de economía Machinea y López Murphy, del presidente del Banco Central Pedro Pou y de la ministra de trabajo Patricia Bullrich, se abrazó a Cavallo hasta el último momento, creyendo tal vez que la enorme personalidad del ministro le serviría para repartir la responsabilidad de la ruina, pero ni eso. El miércoles 19 de diciembre, cuando la clase media y el bajo pueblo se unieron para reclamar la salida de De la Rúa y de Cavallo, el primero aceptó la renuncia del segundo. Hubo otro factor decisivo: el gobierno norteamericano hizo saber que cualquier solución sería más fácil de alcanzar con otro ministro de economía. Una vez caído el ministro, tres jueces se apresuraron a dictar mandatos que le prohíben salir del país por causas pendientes en su contra, lo que no parece ajeno a determinados intereses políticos.

- En discurso a la nación, Fernando De la Rúa llamó a los peronistas a formar un gobierno de unidad nacional. Ante la negativa de los peronistas, anunció su renuncia. Ya la CGT oficial y la disidente habían anunciado una huelga general para exigir la dimisión de De la Rúa. Los peronistas, por su lado, habían pedido la iniciación de un juicio político para inhabilitarlo como presidente. De la Rúa recibió la lección que ya otros gobiernos radicales y hasta los militares recibieron en el pasado: sin los peronistas, que hacen de conexión entre las clases

dirigentes y las populares y establecen un cierto equilibrio, en Argentina no se puede gobernar. De salida, De la Rúa fue a la Casa Rosada para levantar el estado de sitio, como su último acto de gobierno. Explicó que el mismo día de finales de noviembre en que fue consumado el canje de la deuda, que fue exitoso, se produjo una corrida bancaria que, de no ser frenada, habría conducido a la fuga de todo el capital argentino. El canje realizado, según De la Rúa, había permitido reducir del 11 al 7% los intereses sobre 50 mil millones de deuda que estaban en manos de acreedores locales. El gobierno tenía planes para reestructurar las obligaciones con inversores extranjeros con una mayor merma de los intereses y un recorte del capital, pero todo fue echado a perder por la oposición peronista a su gobierno. No se puede gobernar con un Congreso opositor, concluyó. A falta de vicepresidente, el primer cargo del país pasó a ser ocupado por el presidente del Senado, el peronista Ramón Puerta. Así, dos años después de su abultada derrota en las últimas elecciones presidenciales, el Partido Justicialista vuelve al poder, sin pasar por las urnas. Ese partido populista, que tiene a las principales centrales sindicales bajo su órbita, estuvo siempre encabezado por un jefe incuestionable, pero hoy se encuentra dividido en múltiples corrientes por las ambiciones personales de sus dirigentes, los gobernadores provinciales y los caudillos. Puerta, que no oculta sus ambiciones en unas futuras elecciones para presidente, ocupará el cargo por breve plazo, hasta que los gobernadores y legisladores designen un jefe de Estado transitorio, que convocaría a elecciones en 90 días.

- El estado de sitio levantado por De la Rúa fue reinstaurado por Puerta en algunas provincias. Los saqueos continúan en Buenos Aires y otras localidades, y ha sido necesario reforzar la vigilancia en los barrios residenciales de las proximidades de la capital. Se necesita un plan de asistencia social y alimentaria para los marginados, no sea que crezcan los motines. El economista peronista Jorge Remes Lenicov trabaja en un nuevo programa económico. Todas las cuentas en los bancos —a plazo fijo y cajas de ahorros— así como las deudas de particulares en dólares serían convertidas a pesos y luego se procedería a devaluar, hasta en un 40% según cálculos.

- El cónclave de gobernadores peronistas se reunió para designar al presidente provisional de la república. Ramón Puerta prefirió hacerse a un lado, para no quedar inhabilitado, así que sólo estuvo 48 horas en el cargo. Ninguno de los presidenciables del Justicialismo (por lo menos ocho) quería inhabilitarse con un mandato que apenas durará hasta marzo de 2002, cuando se elegirá a quien acabe el período de De la Rúa —hasta finales del 2003. Finalmente Rodolfo Rodríguez Saa, gobernador de la provincia de San Luis, se ofreció como presidente pro-

visional ante el cónclave, comprometiéndose solemnemente a no permanecer más de noventa días en el cargo ni aspirar a un nuevo período; sin consultar a más nadie, los gobernadores lo nombraron. Se acordó que la primera medida del nuevo gobierno será la repartición de alimentos: a tres meses de elecciones se necesita ganar el voto de los más pobres. Como la jefatura del Justicialismo está dividida entre numerosos pretendientes, los gobernadores se comprometieron a imponer la ley de lemas como normativa para las próximas elecciones. La ley de lemas permite que los partidos se presenten con todos los candidatos y listas que deseen y que luego sean sumados los votos de cada partido o lema y agregados al candidato mayoritario; de esa manera se puede alcanzar la presidencia con el 15% de los votos. Pero ni aún así es seguro el triunfo de los peronistas, sobre quienes recae la responsabilidad del experimento neoliberal. Una aspirante con posibilidades es Elisa Carrió, diputada radical disidente que ganó enorme popularidad por sus denuncias contra la corrupción y que ahora dirige la agrupación política Alternativa para una República de Iguales (ARI).

- Los analistas se plantean estas preguntas: ¿La devaluación que seguramente vendrá conducirá a la quiebra de los que tienen deudas en dólares? (Hay miles de empresas endeudadas en dólares; hay 14 millones de hectáreas de tierras productivas hipotecadas en dólares –6.000 millones de dólares con los bancos y 3.000 millones de dólares con proveedores de insumos internacionales). ¿Se pesificarán los depósitos en dólares y enseguida se procederá a devaluar produciendo la licuación de 70 mil millones de dólares que los argentinos tienen en los bancos?

- Adolfo Rodríguez Saá fue confirmado por la Asamblea Legislativa como presidente provisional. Su posesión fue una fiesta. *El Adolfo*, como se le conoce, sonreía de oreja a oreja, rodeado de su parentela traída de provincia, al compás de la marchita peronista acompañada por el bombo de Tula, de la barra brava de Boca. Descendiente de un famoso caudillo decimonónico, Rodríguez Saá tiene su feudo político en la provincia de San Luis, donde ha gobernado durante veinte años, amasando en ese tiempo una considerable fortuna. A imitación de Menem, siendo gobernador colocó al frente de la Corte Suprema provincial a un abogado amigo. Fue objeto de una intensa campaña de descrédito a comienzos de los noventa cuando se comprobó que repartía en las escuelas públicas libros de texto con retratos suyos y con frases como la siguiente: “El gobernador aceptó gustoso el desafío de hacer grande a la provincia y feliz a su pueblo”.

- Rodríguez Saá anunció que Argentina no pagará ni un centavo de la deuda hasta que todos los argentinos tengan trabajo. Se declarará

formalmente la suspensión de pagos de los intereses de la deuda externa, mora en que de hecho ya se encuentra el país. Se destinarán inmediatamente fondos de emergencia para recomponer la cadena de suministro de alimentos a la población indigente. Rodríguez Saá es contrario a la devaluación del peso, pero se propone crear una tercera moneda, el Argentino, según una idea sugerida por David Expósito, economista y periodista conductor de un programa de televisión. Se emitirían 10 mil millones de argentinos, que a falta de reservas internacionales tendrían como respaldo los inmuebles del Estado. Pero el más llamativo de los pronunciamientos de Rodríguez Saá es la promesa de crear un millón de empleos; como observan todos los analistas, esa cantidad de empleos no pueden crearse en dos meses en plena crisis, de donde se infiere que Rodríguez Saá se dispone a quedarse, rompiendo la promesa hecha a los caudillos peronistas que lo nombraron. En este propósito cuenta con el apoyo de Menem, quien rechaza la pronta convocatoria de elecciones y quiere que Rodríguez Saá gobierne por dos años, hasta 2003, cuando el expresidente, cumplido los cuatro años legales de inhabilitación, podría aspirar a un tercer período. La Unión Cívica Radical tampoco quiere comicios, pues acabando de fracasar como gobierno le significarían una derrota catastrófica. El presidente provisional parece muy ilusionado con la idea de quedarse. Como observan algunos analistas, el hombre renunció a la gobernación de su provincia cuando hubiera podido pedir una licencia por 90 días.

- Después de una semana en el cargo, Rodríguez Saá ha creado preocupaciones de variada índole en muchos círculos. Los organismos internacionales están alarmados con su negativa a pagar la deuda. Los empresarios se inquietan con las promesas hechas por él a los dirigentes sindicales, que nadie sabe cómo van a cumplirse. (Los más fuertes apoyos de Rodríguez Saá provienen de los dirigentes sindicales, que pusieron “el movimiento obrero a su disposición”, como dijo Hugo Moyano, del ala dura de la CGT). Las Fuerzas Armadas, por su parte, están nerviosas por la suerte del decreto que prohíbe la extradición de los militares culpables de secuestros y asesinatos. Los jefes del grupo parlamentario y los gobernadores peronistas, que esperan resolver en marzo sus disputas internas en unas elecciones con ley de lemas, son los más asustados viendo a Rodríguez Saá adelantar una gestión populista en tono de campaña electoral y mitin permanente. Dicen que consiguió el poder con mentiras y triquiñuelas; recuerdan el escándalo ocurrido cuando, siendo gobernador de San Luis, fue objeto de un secuestro organizado por su propia amante, *La Turca*; y lo acusan de tratar de evitar por la vía judicial las elecciones de marzo con el propósito de extender su mandato hasta el 2003 y aspirar después a la reelección.

Con todos esos enemigos al frente, según analistas, Rodríguez Saá no resiste un *cacerolazo*.

- A fines de año aparece por primera vez en la prensa internacional el término de *corralito* (*the little hedge*, en *The Economist*) para designar la trampa en que cayó la clase media argentina cuyos ahorros de toda la vida –en cuentas corrientes y de ahorro y en cuentas a plazo– quedaron congelados en los bancos con la perspectiva de ser convertidos en devaluados pesos o en bonos de deuda del Estado todavía más devaluados, y sin que se sepa si los restos de esa licuación podrán ser recuperados a corto plazo. Los “encorralados” fueron los *perejiles* (de *gil*, ingenuo, memo), dos millones de ahorradores sin la malicia ni el nivel de información y conexiones que les permitieron a las empresas extranjeras y en general a los capitalistas sacar sus dineros a tiempo. Con anterioridad a la corrida bancaria de última hora las empresas privatizadas habían retirado la mayor parte de sus depósitos en dólares, mientras que los capitalistas argentinos tienen fuera 101 mil millones de dólares en propiedades, cuentas bancarias, acciones y bonos de empresas del exterior, todo ello adquirido con dólares comprados en el mercado local a precio de ganga, es decir, según la paridad de uno a uno estipulada por la convertibilidad. Entre enero y septiembre de 2001 se retiraron depósitos por 6.633 millones de dólares, y sólo en el último día de noviembre, según los últimos cálculos, los retiros se elevaron a más 1.500 millones. En Argentina el término de corralito está en boca de todo el mundo como el más importante del diccionario social y económico de la crisis, que es amplio: arbolito, bancarizar, Banco Mundial, blindaje, bono, bronca, cacerolazo, cartonero, ciruja, convertibilidad, corrida, default, déficit, déficit cero, desarrollo sostenible, desempleo, desregular, deuda externa, devaluar, divisa, dolarizar, escrache, Fondo, gasto público, globalización, hiperinflación, liquidez, ñoquis, paridad, patacón, pesificar, piquetero, presupuesto equilibrado, refinanciación, riesgo país, servicio de la deuda, stand-by, Tesorería norteamericana, Wall Street, títulos públicos.

- La regresión que el corralito ha marcado en la economía argentina tiene su expresión más significativa en la propagación del trueque. El corralito ha empujado a muchos sectores a este modo de intercambio primitivo que empezó con la Red Globalizada de Trueque, fundada en la provincia de Buenos Aires en pleno auge de las reformas modernizadoras de Menem. Esa primera red respondía a la existencia de gente capaz de producir y con necesidad de consumir pero puesta al margen por el sistema, y ahora que el corralito ha ocasionado una vasta crisis de liquidez surgen en todo el país nuevas organizaciones de esa índole. A modo de dinero, se imprime cierta cantidad de moneda social, el *cré-*

dito, que es distribuida entre los asociados. Se ingresa a la red como *prosumidor*, porque, a diferencia de lo que ocurre en la economía moderna, no se puede consumir sin producir: aquí se es productor y consumidor a la vez. No hay límites en este cambalache, donde se permutan artesanías, autos, cuentas de dentistería, lotes, revistas, empanadas, tabaco, máquinas de escribir...

- Los caudillos peronistas, prescindiendo de toda consulta con el presidente de la ejecutiva del partido, Carlos Menem, metieron en cintura al presidente provisional, que reconoció haber cometido graves errores en siete días de gobierno. Rodríguez Saá tuvo que destituir a la mayoría de los nombrados por él, empezando por David Expósito, el que ideó el plan de la nueva moneda, el Argentino, y que quería imprimir 10.000 millones, para empezar. Ahora, el presidente provisional sólo tendrá funciones administrativas y estará bajo el control de los gobernadores y jefes parlamentarios peronistas, que incluso propondrán los nuevos ministros. Rodríguez Saá ratificó asimismo la promesa de gobernar sólo hasta marzo. Se duda que la presión social permita llegar hasta allá con un gobierno tan débil. Se teme un estallido social incontrolable. Se cree incluso que el país está al borde de una guerra civil. En las villas miseria y los barrios de la periferia hay mucha gente armada.

- El 28 de diciembre en la noche se inició el gran *cacerolazo*. En barrios populares, de clase media y hasta de clase alta, estalló el sonar de cacerolas, bocinas y petardos, seguido rápidamente de manifestaciones violentas. La furia de la multitud iba dirigida contra el presidente provisional Rodríguez Saá, por haberse rodeado de políticos reconocidos como corruptos; contra la Corte Suprema, por haber revocado algunas decisiones judiciales que ordenaban la devolución por los bancos de sumas superiores a 250 dólares por semana, así como por haber liberado a Menem del proceso por venta ilegal de armas; contra Menem y en general contra la clase política, por haber liderado o acolitado el experimento neoliberal. Los manifestantes, detrozando todo lo que encontraban al paso, trataron de tomar por asalto la Casa Rosada y lograron irrumpir en el edificio del Parlamento, de donde sacaron a la calle muebles y enseres e hicieron una gran pira, en medio del alborozo popular. Hubo intentos de asalto contra la Casa Rosada (en la Plata quemaron una imagen del *aguantadero* –refugio de delincuentes–, como es llamada la casa de gobierno). Hubo asimismo intentos de linchamiento contra policías y bomberos. Al final de estas terribles jornadas de cierre de año se contabilizaron, además de pérdidas materiales incalculables, 39 muertos y decenas de agentes y manifestantes heridos.

- Antes del amanecer del primer día de Año Nuevo, Rodríguez Saá presentó renuncia. En ocho días perdió el respaldo de su partido y se

quedó solo, con las calles revolucionadas en contra. Su sucesor legal, el presidente del Senado Ramón Puerta, que ya probó la transitoriedad, prefirió renunciar a su cargo para no repetir la experiencia. La sucesión correspondió al presidente de la Cámara, Eduardo Camaño, quien se apresuró a convocar la Asamblea Legislativa –reunión de las dos Cámaras– para que nombre al nuevo presidente provisional. El más opcionado al cargo es Eduardo Duhalde. Duhalde formó parte de la fórmula presidencial de Menem en 1989. Se retiró como vicepresidente y se lanzó para la gobernación de la provincia de Buenos Aires, ganando la elección y repitiendo después. En 1999 fue el candidato presidencial del Justicialismo, después de dejar atrás una provincia arruinada por el gasto clientelista (su sucesor tuvo que emitir bonos ante el agotamiento de las arcas provinciales). Cuando fue derrotado por De la Rúa, Duhalde le echó la culpa a Menem, cuya reelección había apoyado en 1995 a cambio de que Menem le devolviera el favor. Pero Menem veía en Duhalde un rival para su posición de caudillo y en 1999 no hizo nada por ayudarlo. Según Duhalde, los políticos argentinos son una dirigencia de mierda, en la que él se incluye. Su obsesión en los dos últimos años ha sido denunciar a Menem por haber convertido el peronismo en un movimiento neoliberal y haber hundido el país. Duhalde resurgió en las pasadas elecciones de octubre. Obtuvo más de dos millones de votos para senador por la provincia de Buenos Aires, siendo el único político que escapó al castigo del voto bronca (no fue en vano la quiebra de la provincia). Hoy los dos jefes más notables del Justicialismo no se dirigen la palabra.

- Maradona, amigo de Menem, anunció que se irá del país si Duhalde es nombrado presidente. ☹

* * *

